



UNIVERSIDAD DE CHILE  
FACULTAD DE FILOSOFIA Y HUMANIDADES  
ESCUELA DE PREGRADO

# **Huerto Cerrado, Fuente Sellada: El Hortus Conclusus en el pensamiento místico femenino medieval de Mechtilde von Magdeburg y Hadewijch de Brabante**

Informe de seminario para optar al grado académico de Licenciada en Lingüística y Literatura Hispánica, con mención en Literatura

**Por Valentina Inés Anguita Galleguillos**

**Profesora guía: María Eugenia Góngora**

Santiago, Chile

2023



## Índice

1.	Introducción.....	4
2.	Huerto cerrado, un viaje hacia el interior .....	14
2.1.	¿Por qué es un viaje y es hacia el interior? .....	14
2.2.	La transformación: aniquilamiento y kénosis.....	21
3.	El contenido del Huerto.....	23
3.1.	Las especias aromáticas y las virtudes del alma .....	23
3.2.	El vino especiado y la lucida embriaguez.....	29
4.	Fuente sellada, el espejo del cielo .....	34
4.1.	La fuente de agua viva.....	34
4.2.	La búsqueda del reflejo de un mismo ser .....	38
5.	El jardín: un viaje de regreso a casa .....	41
5.1.	De vuelta al jardín.....	41
5.2.	La meta: Ser uno eternamente .....	43
5.2.1.	Hadewijch y el abismo .....	45
5.2.2.	Matilde y el descenso a ser nada .....	46
6.	Conclusión.....	49
7.	Bibliografía Fuente:.....	51
7.1.	Bibliografía Crítica: .....	51



## Resumen

Este trabajo busca dar cuenta de la aparición del Huerto Cerrado (Hortus Conclusus) como símbolo en la escritura de dos místicas medievales del siglo XIII, estas son: Mechtilde von Magdeburg y Hadewijch de Brabante. Este gran símbolo medieval tiene su origen en un libro bíblico, el *Cantar de los Cantares* y es fundamental en el pensamiento místico medieval, sobre todo en el pensamiento femenino que busca develar los misterios de la relación del alma con Dios por medio de la imagen de los amantes. Para nuestras místicas, este símbolo tiene múltiples alcances, sin embargo, para términos de este trabajo abordaré 4 dimensiones fundamentales para entender su pensamiento: el Huerto Cerrado como un viaje hacia la interioridad, las especias del Huerto como contenido del alma, la fuente sellada como un espejo del cielo y el jardín como un viaje de regreso al origen. Estas dimensiones presentes tanto en Mechtilde como en Hadewijch nos permiten acercarnos a la manera en que estas escritoras concebían su experiencia mística contrastándola constantemente con su texto más sagrado: la *Biblia*.

**Palabras clave:** Hortus Conclusus, Pensamiento místico femenino medieval, Cantar de los Cantares, Mechtilde von Magdeburg, Hadewijch de Brabante.

## Agradecimientos

A Dios que con su constante búsqueda me interpela continuamente, pero nunca me ha dejado sola. Él es la razón de este trabajo.

A Angela y Mitzi, mi madre y mi abuela, por ser mis místicas personales. Ellas son la inspiración de este trabajo.

Al amor que con tanta fuerza me ha azorado este año, sin él no hubiera podido comprender con la mente lo que solo se entiende con el corazón.



## 1. Introducción

Para la Edad Media europea, se puede constatar que el siglo XIII fue una época de mucho movimiento en diversos sentidos. En lo militar, lo político, en el campo intelectual y también, por la aparición de aquellos movimientos que van a ser de nuestro particular interés, los movimientos espirituales.

La gran novedad de este siglo, que ya tenía sus raíces en el siglo anterior, es que hay un florecimiento espiritual muy grande que da nacimiento a diferentes corrientes o movimientos que son independientes a la institucionalidad de la iglesia católica predominante. Esta época verá una gran cantidad de individuos que desean vivir su espiritualidad, pero que no están del todo de acuerdo con la forma en que la Iglesia había dictado que debía vivirse la vida espiritual. Es así como vemos un gran flujo de ascetas, monjes, ermitaños, evangelistas espontáneos, algunos de ellos conformarán corrientes posteriores como los cataros y los valdenses. Si dejamos la descripción epocal hasta aquí pareciera ser que estos movimientos independientes estaban conformados únicamente por hombres, y es aquí donde está la gran sorpresa del siglo XIII, no solo los hombres escogían un camino alternativo de vida, sino que muchos de estos individuos eran mujeres, denominadas *mulieres sanctae* o *mulieres religiosae* que con los años darán origen a comunidades de las más diversas densidades que tendrán el nombre de *beguinas* y los lugares que habiten serán denominados *beguinajes*.

Las *beguinas* fueron uno de los movimientos religiosos femeninos más importantes que surgen ya desde el siglo XII, por mujeres que buscaron una alternativa de vida diferente a las establecidas (y muy reducidas) opciones que poseían de vivir. Estas comunidades albergaban a personas de los más diversos estamentos sociales, desde mujeres nobles que dejaban todo por unirse a estos grupos a viudas a causa de las cruzadas. Todo esto con el fin de vivir una vida que combinaba tanto la vida contemplativa de los conventos como una vida activa sin clausura ni aislación alguna del mundo. No poseían ninguna regla u orden a la cual atenerse, sin embargo, sí debían hacer votos al iniciar este estilo de vida, aunque con la libertad de que estos votos no eran perpetuos y cuando ellas lo decidieran podrían ser libres



de estos votos si decidían dejar estos grupos para contraer matrimonio. Dedicaban su vida a la oración, al cuidado de los enfermos y desamparados, al trabajo en las ciudades en labores de servicio a la comunidad para sustentarse y conservar la tan característica autonomía de estos grupos que, al ser tan heterogéneos, tenían así mismo diversas e independientes formas de organizar su estilo de vida siempre y cuando el fin último fuera servir a Cristo.

A lo largo del siglo XIII vivieron con relativa tranquilidad, aunque no lejos de los prejuicios y sospechas que generaba el movimiento, este rechazo se daba sobre todo de parte de la iglesia católica que consideraba peligroso y ofensivo la libertad con la que vivían sin la supervisión masculina, además de la forma de vivir su religiosidad de manera pública y no íntima, muchas de ellas leían públicamente la *Biblia* y textos teológicos en sus lenguas vernáculas y no en latín como estaba establecido, sumado a las predicaciones sin permiso de ninguna autoridad eclesiástica. Todo esto generó las más diversas reacciones en la gente, por un lado, existe una gran mayoría en los pueblos que llega a considerar a algunas de ellas como mujeres santas, mientras que por otro lado tenemos a la Iglesia que en la medida que evidencia el crecimiento de estas comunidades, aumenta sus prejuicios y legislaciones restrictivas hasta que finalmente el Papa Clemente V en el Concilio de Vienne prohíbe el movimiento al acusarlo de herejía, lo que sometió a estas mujeres a una dura persecución por parte de la inquisición que obligó a muchas de ellas a dispersarse entre órdenes mendicantes y a refugiarse en conventos establecidos.

Es en este contexto en donde se encuentran las dos mujeres religiosas que dan motivo a este trabajo: Hadewijch de Amberes (o de Brabante) y Matilde de Magdeburgo. La primera originaria de la región de Amberes, Brabante en la actual Bélgica, es una mística cristiana, visionaria, poetisa y escritora de canciones. No sabemos mucho de su biografía y lo que sabemos se puede inferir en base a los textos que se conservan de ella, como el suponer que era de origen noble ya que en sus escritos se puede ver un gran dominio del latín y de la poesía trovadoresca francesa de la época y que tendrá mucha influencia sobre todo en sus poemas y en la forma en la que relatará la relación del alma con Dios como si de dos amantes cortesanos se tratasen y como estos se relacionan con la dama Amor o Minne. A pesar de este



conocimiento del latín, ella decide escribir en su lengua vernácula que era el neerlandés medio.

La segunda de nuestras mujeres de estudio es Mechtilde von Magdeburg o también llamada Matilde de Magdeburgo, nacida en el principado archiepiscopal de Magdeburgo en la actual Alemania. De ella conocemos más datos de su vida gracias a algunos datos autobiográficos presentes en sus textos. Nace en el 1207, sus experiencias místicas comienzan cuando tenía doce años por lo cual decide unirse a las beguinas en Magdeburgo y ahí permaneció hasta que, debido al rechazo de su obra por parte de las autoridades eclesiásticas, se ve en la necesidad de refugiarse en el convento cisterciense de Helfta ya cercana a la edad de sesenta y tres años, y permanecerá en este lugar hasta su muerte alrededor del 1282. Ya en su adultez escribe sobre sus experiencias místicas en bajo alemán y recopila estas experiencias en un libro llamado *La luz que fluye de la divinidad* que en realidad es una serie de libros que escribe a lo largo de 30 años y concluye en el convento de Helfta. En estos libros compilados en uno solo, vemos, al igual que en Hadewijch, la relación del alma con Dios y con el Amor, nuevamente presentados como unos amantes/esposos que se anhelan, esperan y buscan mutua e incansablemente.

Cabe aclarar antes de continuar que, para este trabajo, el término *mística* será utilizado en algunas ocasiones para describir a aquellas mujeres que vivieron experiencias extáticas religiosas desde muy niñas y que mantienen gran parte de sus vidas. En otras oportunidades este término se utilizará para describir a las ideas principales que componen el pensamiento de estas mujeres religiosas como por ejemplo la “mística de Minne” de Hadewijch o la “mística del fluido” de Matilde.

Para estas escritoras místicas, vivir estas experiencias extáticas fue un duro trabajo de discernimiento para saber si lo que estaban recibiendo era enviado directamente por Dios y tenían una forma infalible para comprobar y validar estas experiencias: compararlas con la *Biblia*.

La *Biblia* será el texto fundamental al que ellas recurrirán para contrastar sus experiencias. Pero de entre todos los libros de la *Biblia*, estas autoras tienen un libro



predilecto al ser considerado poseedor de las verdades profundas de la relación del alma con Dios, este libro es el *Cantar de los Cantares*. De este libro desprenderán sus grandes ideas, formas de escribir y los tópicos principales de sus obras, aunque cada una expresándola de diversas y únicas maneras: “las imágenes del Cantar de los Cantares bíblico no se desenvuelven de un modo tradicional, sino que están refundidas en un proceso interior y aparecen nuevas...” (Cirlot y Garí 131)

Del *Cantar de los Cantares* se desprende un gran símbolo que será importantísimo para las místicas en general ya que contiene una multiplicidad de significados en cada una de sus partes y que, si se lo mira de forma unificada, es representante de la relación más profunda de estas mujeres con su experiencia divina. Esto a su vez, nos permite entender cómo es que estas mujeres entendían el mundo y su propia participación en él, cuál es el camino que creían debían seguir y lo que consideraban sagrado y conocimiento elevado. Este símbolo es el denominado Hortus Conclusus.

¿Qué es el Hortus Conclusus? También llamado Huerto o Jardín cerrado, nace desde el pasaje del *Cantar de los Cantares* 4:12 “Huerto cerrado eres, hermana mía, esposa mía; Fuente cerrada, fuente sellada” corresponde al Jardín simbólico cerrado en el cual amado y amada se encuentran, el Huerto provisto de todo lo necesario para la vida (misma idea que poseerán los huertos medievales de los monasterios) tanto el contenido que especifica posteriormente esta cita, como el agua de la fuente que está tan sellada como el mismo Huerto al que no todos tienen fácil acceso y los amantes, pueden amarse sin interrupciones. El Huerto Cerrado como símbolo significará para nuestras místicas la forma más elevada de comunicarse con Dios, sin intermediarios, sin interrupciones, un lugar donde el alma pueda relacionarse con Cristo, amarlo y dejar que su amor las consuma, las transforme y las fusione en un solo ser con él hasta que las fronteras entre un ser y otro sean indistinguibles.

El Hortus Conclusus va presentando cierta evolución en cuanto a su significado en la medida en que transcurre el tiempo, desde concebirlo como la unión entre Cristo y la iglesia, hasta ser símbolo de la virginidad de María y el milagro de la concepción virginal, como bien dice el sacerdote salesiano e historiador del arte, el padre Antonio Scattolini “a lo largo de



los siglos la imagen bíblica del *Hortus* se aplicó también a la interpretación teológica de la virginidad de María y el dogma de la encarnación de Cristo” (Bellinetti, Caterina)<sup>1</sup>.

Este último significado, ve sus mayores representaciones sobre todo a nivel pictórico con obras representativas como *La Virgen con el niño* (o también llamada la Virgen del Rosal de Bernardino Luini<sup>2</sup>, *La Virgen de la humildad en el Hortus Conclusus* pintada por un seguidor de Robert Campin<sup>3</sup> o incluso *La Madonna en jardín de rosas* de Martin Schongauer<sup>4</sup>. Sin embargo, a nivel literario también es posible identificar vestigios incluso desde el siglo XII con Hildegard von Bingen en su poema *¡Qué gran milagro es!*:

“Ahora una puerta cerrada

nos abrió

lo que la serpiente

cerro de golpe para una mujer.

Por ello brilla en la aurora

la flor de la virgen María.

(...)

¡Cuán preciosa es la virginidad

de esta Virgen!

Que tiene su puerta cerrada

y cuyas entrañas

---

<sup>1</sup> Scattolini citado en artículo web “Reclusión, pecado y santidad. Los jardines cerrados de la Virgen María”. Por Caterina Bellinetti. Sitio web art and Object.

<sup>2</sup> Revisar anexo 1

<sup>3</sup> Revisar anexo 2

<sup>4</sup> Revisar anexo 3



la santa divinidad con su calor

penetró,

de modo que una flor en ella creció.

(...)

Por ello el dulce germen,

Que es su hijo

A través de la clausura de su vientre

Abrió el paraíso” (Hildegard von Bingen<sup>5</sup>)

Conceptos como “cerrado” y “sellado” que se desprenden del *Hortus*, verán su evolución simbólica como una puerta que abre el acceso a la salvación, donde el Dios misericordioso reivindica el pecado original de la mujer, transformándola en la vía por medio de la cual Cristo llega a este mundo para salvarlo.

Es en estas imágenes que las místicas encontraban su justificación para escribir siendo mujeres, ya que podían ser instrumentos para que Dios entregara sus visiones y experiencias extáticas a su comunidad y a su entorno. La humildad de la naturaleza femenina que es reivindicada para salvación. Así como la figura de Eva cometió el pecado original y después fue elevada a lo sumo en la figura de la Virgen, que como amada exclusiva del amado, abre la puerta a la salvación, de la misma forma en que ellas, mujeres humildes pero amantes exclusivas del amado celestial, se les es permitido ser puerta e instrumento para descender y comunicar al mundo las verdades divinas reveladas a ellas.

Este trabajo buscará demostrar que este símbolo es importantísimo para comprender la profundidad del pensamiento místico femenino de Hadewijch y de Matilde. Solo

---

<sup>5</sup> Hildegard von Bingen citada en sitio web Poetry Alquimia Word Press.



adentrándonos a las profundidades del Huerto y sus significados es que podremos tener un vistazo de la forma en la que concebían su realidad religiosa y espiritual. Intentaré, aunque sea mediante unas breves páginas y con toda la distancia que la diferencia de época amerita, ver el Jardín (y por medio de él, el mundo) con sus ojos.

Para poder aventurarnos en los terrenos del Huerto de forma ordenada, abordaré este símbolo por medio de cuatro partes que considero fundamentales para comprender los alcances que poseía este símbolo para ellas y la forma en la que pensaban. Cabe aclarar que en ningún sentido estas partes deben ser consideradas independientes entre sí, sino que en su conjunto colaboran a formar la imagen del Huerto Cerrado en sus alcances más profundos.

La primera parte de este trabajo consiste en considerar el Huerto Cerrado como un viaje hacia el interior. La imagen del Huerto o Jardín es representante de la interioridad de estas mujeres, un viaje que mira hacia adentro y descubre un Yo que es capaz de hablar y escribir de lo que experimenta, y será precisamente su muy presente sensorialidad la que dará validez y sentido a las experiencias extáticas de estas mujeres. Veremos como este Yo aparece, se despliega, se reconoce a sí mismo y busca aniquilar al Ego para dejar entrar a Dios y convertirse cada día más en él, dejando así solamente a un Yo que escribe sus experiencias íntimas en el camino del Alto Amor.

La segunda parte es acerca del contenido de este Huerto: las especias y el vino. Esto se encuentra en la continuación del pasaje del *Cantar de los Cantares* antes citado “Tus renuevos son paraíso de granados, con frutos suaves, De flores de alheña y nardos; Nardo y azafrán, caña aromática y canela, con todos los árboles de incienso; Mirra y áloes, con todas las principales especias aromáticas” (*Cantar* 4: 13, 14) A simple vista podría parecer que la enumeración de estas especias es casual, pero la verdad es que poseen un significado concreto, no están aquí de forma netamente ornamental. En el sentido tradicional bíblico las especias cumplen un rol fundamental para todos los ritos y su significado general se entiende como tesoros, riquezas y regalos. Se quemaban las especias en el lugar santísimo para que su perfume elevara la alabanza a Dios, se quemaban también en los ritos funerarios y se amortajaba el cuerpo del muerto con el aceite de estas mismas, algunas de ellas fueron regalo para Jesús por parte de los reyes magos, etc. Como estos hay muchos momentos importantes



en la *Biblia* en los cuales las especias aromáticas cumplen un rol fundamental y poseen un gran valor.

Considerando lo anterior ¿Qué rol cumplen estas especias en el Huerto/Jardín del alma de estas mujeres religiosas? Son las virtudes del alma, son el contenido de su ser con el cual adoran y alaban a Dios con su agradable aroma.

Otra parte del contenido del Huerto a considerar en conjunto con las especias es el fruto de la vid: el vino. Respecto a este, que se encuentra presente muchas veces en el *Cantar*, observaremos cómo es representante del goce y la felicidad entre la unión entre esposos, esta felicidad tiene significado espiritual para nuestras místicas y recibirá el nombre de fruición. Este vino de la fruición tiene una consecuencia curiosa, que es la lúcida embriaguez, en la que profundizaremos a lo largo del capítulo.

La tercera parte de este trabajo es la Fuente Sellada y Cerrada. Todo Huerto necesita una fuente o pozo de agua para sobrevivir y que la vida sea posible, es por esto que, en medio del Jardín del alma de las místicas, la fuente cerrada y sellada contendrá las aguas que reflejen las “aguas del cielo” (Génesis 1: 6-8) como símil de cómo sus vidas y sus almas deben ser fiel y claro reflejo de la vida de Cristo. Ellas considerarán que, así como Dios separó las aguas del cielo y de la tierra en el comienzo del mundo, nosotros y Dios pertenecemos a una misma naturaleza en origen, solo que una está en el cielo, impoluta e inmutable, mientras que la otra está en la tierra para dar vida a todo lo que existe. En este sentido, para ellas, sus vidas deben ser “Fuente de Huertos, Pozo de aguas vivas” que sean espejo de Dios, reflejo de un mismo ser, que su vida sea fuente de aguas vivas que vienen directamente del Creador, selladas para ser inamovibles de su lugar en el alma, cerradas para que solo puedan acceder a ellas quienes decidan seguir el camino de amar con Alto Amor y seguir a Cristo. Veremos como esto se ve traducido en sus escritos.

La parte final de este trabajo, que de alguna forma recopila a todas las anteriores, es donde abordaré el Huerto o Jardín cerrado como un viaje temporalmente a la inversa, es decir, un viaje de regreso al origen por medio de la unión/ transformación/ fusión del alma con Dios. En la medida que la mística siente que Cristo va transformando y moldeando su ser



para parecerse más a él, va divinizando su alma hasta el estado en cual el ser humano estuvo más cerca de la naturaleza divina: el Jardín del Edén. Veremos como el parecido entre el Huerto Cerrado y el Jardín del Edén no es casual, ambos constituyen un jardín lleno de vida donde el espíritu de Dios se pasea con libertad, pero este espacio está delimitado y su acceso no es para cualquiera. Recordemos que en la *Biblia* el Jardín del Edén posterior a la expulsión de Adán y Eva, estaba custodiado por ángeles querubines que impedían volver a ingresar (Génesis 3:24) Es por esto que veremos como nuestras mujeres religiosas considerarán al ser humano, reflejo divino hecho a imagen y semejanza de Dios, pero que está alejado y manchado de su naturaleza divina debido al pecado, ante esto, consideran que el ser humano (sobre todo aquellos llamados al camino del Alto Amor) debe luchar contra sus pecados, debe cultivar su Huerto del alma y debe ser reflejo del cielo para poder hacer el camino de regreso a su hogar inicial, es decir, un camino de regreso a ser uno con Dios en su naturaleza divina.

Para poder tratar cada una de las partes de este trabajo es necesario hacer una lectura profunda de algunos textos. A lo largo de este trabajo se utilizarán múltiples textos, sin embargo, a continuación, nombraré los que serán fundamentales para el desarrollo de este, contemplando tanto los libros que son fuente principal del trabajo como los textos críticos que ayuden a fundamentar el mismo.

El primero de ellos, claramente es la *Biblia* y el libro de *Cantar de los Cantares*, que para mayor comprensión utilizaré la versión Reina Valera de 1960, ya que posee una buena traducción sin alterar mayormente el significado al lenguaje actual.

El siguiente de los textos fuente es *Flores de Flandes. Hadewijch de Amberes Cartas. Visiones, Canciones. Beatriz de Nazareth. Siete formas de amor* bajo la traducción de Carmen Ros y Loet Swart, este texto es completamente necesario ya que contiene en él tanto los poemas como las visiones y cartas de Hadewijch de Amberes, estas últimas hacen de este libro fundamental ya que es la mayor fuente en la cual vemos que Hadewijch despliega su arista mistagoga, donde explicará su proceso, sus consejos a sus hermanas de vida y la forma en que las guía en su estilo de vida. Ahora esto no quiere decir que sus poemas y canciones se quedarán aislados, ya que es aquí donde su lenguaje simbólico se ve mayormente expuesto y es donde veremos que los símbolos del Huerto van revelándose.



Para un mayor análisis, me apoyaré del texto *El lenguaje del deseo. Poemas de Hadewijch de Amberes* de María Tabuyo ya que se adentra no solo en la mística y lenguaje de esta mulier religiosae, sino que también permite evidenciar las diferentes referencias e influencias en su escritura. Es en sus visiones donde su lenguaje toma mayor protagonismo, las imágenes que se despliegan son tan ricas en iconografía y simbolismo y nos permiten distinguir también algunas de sus posibles influencias literarias.

El siguiente de los textos fuente es el correspondiente a la otra mística que estudiaremos: Matilde de Magdeburgo. Para ello utilizaré el texto *La luz que fluye desde la divinidad* con traducción de Almudena Otero ya que no solo es una buena traducción de este texto, sino que realiza análisis de cada uno de los siete libros (o tomos si se los quiere considerar así) del texto de Matilde. Tener todos los libros en una misma edición nos permite ver con claridad la evolución en las experiencias extáticas de Matilde, no solo en la medida en que ella comienza a madurar y envejecer, sino que también, recibe otras influencias a causa de las circunstancias de su tiempo, como lo es su reclusión y refugio en el convento de Helfta donde estará hasta su muerte.

Este texto y el de Hadewijch serán apoyados con los estudios *La mirada interior: mística femenina en la edad media* de Victoria Cirlot y Blanca Garí para profundizar más en el pensamiento místico femenino, lo cual nos permite también captar y buscar las referencias que estas autoras, muy probablemente, estaban leyendo e intertextualizando.

Por otro lado, se encuentra los textos *La Religión* y *La Cámara Nupcial* de Jaime Moreno. Estos dos textos estarán conversando constantemente entre sí en este trabajo para profundizar más en las vidas de estas beguinas y sus aspectos más fundamentales de sus experiencias místicas que derivarán en sus escritos.

Para adentrarnos más en la simbología que tiene un rol fundamental en este trabajo utilizaré el texto *La transformación de los amantes. Imágenes del amor de la antigüedad al siglo de Oro* de Guillermo Serés que nos permitirá entender mejor el símbolo de los amantes/esposos que tan fundamental es para las místicas y claramente lo será también para



Hadewijch y Matilde. Los siguientes textos son el *Diccionario de Símbolos* de Juan Eduardo Cirlot y finalmente el libro *Iniciación a la simbología románica* de Marie-Madeleine Davy.

## 2. Huerto cerrado, un viaje hacia el interior

### 2.1. ¿Por qué es un viaje y es hacia el interior?

Antes de adentrarnos en las implicaciones del Hortus Conclusus para Mechtilde y Hadewijch es preciso preguntarnos ¿Por qué hablamos de viaje y porque este viaje se produce hacia el interior? Podemos considerar a estas mujeres como místicas ya que experimentan las vivencias espirituales al entrar a un *éxtasis místico*, y son precisamente estos dos conceptos los que en su conjunto nos entregan la clave para hablar de viaje hacia el interior.

En la etimología de la palabra éxtasis, que deriva hasta nosotros desde el griego, encontramos un prefijo *ek* que significa *desde*, una raíz *sta* que significa *emplazar, colocarse o ponerse en pie*, y un sufijo de acción *sis*. Por ende, su significado etimológico hace alusión a la acción de desplazarse de un lugar a otro y a la salida de sí mismo. Para complementar con este significado, podemos ir a las palabras del profesor Jaime Moreno en su texto *La Religión* donde dice: “Por lo menos a nivel de la lengua, la concepción de Dios en el mundo indoeuropeo queda en lo que se llamaría el éxtasis, el éxtasis de la contemplación, la salida de sí mismo, que se maravilla delante de, valga la redundancia, la «maravilla contemplada»” (Moreno, 4) Es por esto que será el éxtasis mismo, considerado como movimiento, el que nos permite hablar de un viaje donde el alma de nuestras místicas emprende un camino transformador hacia una interioridad personal. Esto las saca de un estado inicial del ser inmerso en el mundo y las lleva a un viaje al “Huerto del alma” o el “lugar secreto”, donde su Yo se permite ser liberado del cuerpo e iniciar un camino de arrojo a lo desconocido en las manos de Dios. Todo esto impulsado puramente por la atracción o seducción del Creador que las llama a seguir lo que ellas denominaron el camino del Alto Amor.

Un ejemplo clarísimo de esto en los escritos de nuestras místicas está en aquellos pasajes donde nos narran sobre sus primeras experiencias<sup>6</sup> y su llamado. Aunque cabe aclarar

---

<sup>6</sup> Referente al tema de la experiencia, Jaime Moreno en su texto *La Religión* dice que esta es “el punto de partida y de llegada de la religión” (4) ya que la experiencia se traduce como éxtasis y este a su vez constituye el momento de encuentro con lo absoluto.



este llamado no hace referencia a la forma en que llegaron a creer en Dios, sino que estamos hablando del llamado al despertar del alma al amor, el día que decidieron que lo que conocían no era suficiente y, por lo tanto, debían salir de su hogar y dejar todo lo conocido para aventurarse a vivir una vida experimental, donde Cristo fuera su única guía.

En *La luz que fluye de la divinidad* de Matilde de Magdeburgo, podemos encontrar esta experiencia en su vigésimo tercer capítulo del segundo libro, donde vemos un diálogo entre el Amor y el Alma, siendo esta última despertada por el Amor a vivir las experiencias verdaderas y este además le indica todo lo que debe hacer para agradar a su Creador. El Amor como máxima experiencia de Dios, busca, despierta e incita al Alma a que cumpla con el objetivo de su existencia.

“[Amor:] «Ea, alma necia, ¿Dónde estás o cómo es tu morada y para qué vives? ¿Dónde descansas si no amas a tu delicioso Dios sobre tu propia voluntad y sobre todas tus capacidades?»

[Alma:] «No me despiertes, no sé lo que me estás diciendo»

[Amor:] «Cuándo el rey está al llegar, hay que despertar a la reina»

(...)

[Alma:] «Estoy feliz con mis parientes y mis queridos amigos religiosos. ¿Cómo podría amar con agrado a quien no conozco?» [Amor:] «Ay, ¿es posible que no conozcas al Señor al que tan a menudo y con tanto amor escuchas nombrar? Estás más preocupada de tu cuerpo de perro que de Jesús, tu dulce Señor. Así nunca obtendrás honor ante sus ojos»

(...)

[Alma:] «Yo creía que si entraba en la vida religiosa por amor a Dios, me elevaría muy alto».



[Amor:] «¿De qué sirve vestir con primor a alguien que está durmiendo y ofrecerle espléndidos manjares? Mientras esté durmiendo no los podrá comer. Ea, amada, ahora deja que te despierten»” (*La luz que fluye*, 120. Libro II capítulo XXIII)

Para poder iniciar su vida mística es demandado el movimiento, necesitan salir de donde se encuentran y abandonar (hogar, amigos, familia, riquezas, comodidades, etc.) todo aquello que ha conformado su ser hasta ese momento. Una vez desprendidas de lo externo, comienza el trabajo sobre su propia interioridad y todo lo que psicológica-espiritualmente las conforme hasta ese instante, debe ser sometido a juicio de comparación con la vida de Cristo en la tierra, el cual será su mayor referente.

En Hadewijch por otro lado se nos presenta no solo su llamado inicial que se produce desde muy joven y concreta años después con la salida de su hogar, sino que también vemos que en sus cartas entrega a sus hermanas beguinas algunos consejos al iniciar el camino de Minne.

“Si quieres conocer esta perfección, primero tienes que aprender a conocerte bien a ti misma: motivos, preferencias y aversiones, costumbres, en el amor, en el odio, en la fidelidad y la infidelidad, en culturizar cosa que te ocurra. Comprueba tu paciencia ante las contrariedades, y tu indiferencia cuando tienes que renunciar a lo que te gusta. No hay peor castigo para un joven corazón que carecer de lo que le gustaría. Examínate también en todo lo agradable que te ocurra, observa si sabes tomarlo con sabiduría y medida. Ante todo lo que encuentres en tu camino, actúa igual, ante el reposo como ante el dolor. Considera con sabiduría el ejemplo de las obras de Nuestro Señor. De ellas aprenderás la perfección.” (*Flores de Flandes*, 94. Carta XIV)

Es aquí donde despliega además una arista muy mistagoga de su personalidad que no solo se preocupa de experimentar las vivencias místicas, sino que desea compartir y enseñar a otras en este camino difícil, que como ella nombra en muchas de sus cartas, no es un camino fácil ni agradable muchas veces, pero es una deuda hermosa que el hombre debe procurar saldar para cumplir con el propósito para el que su alma fue creada por el Creador.



Ahora continuando con la justificación para hablar de viaje interior, ¿por qué podemos decir que este viaje efectivamente se produce hacia la interioridad del Huerto cerrado? Esto encuentra su justificación en la etimología de la palabra Místico, palabra que al igual que la anteriormente definida también encuentra su origen desde el griego, es un derivado de la palabra *mystikós* que significa misterio y su raíz se encuentra en el verbo *Myein* que quiere decir *cerrado o estar cerrado*. Acerca de esto Moreno en su *Metáfora de la cámara nupcial en los escritos de Nag Hammadi* dice: “El secreto y la privacidad en que se unen esposo y esposa, la oscuridad de la noche que envuelve a la pareja capacitan a la cámara nupcial de abajo para apuntar hacia el misterio oculto y el silencio brillante de la cámara nupcial de arriba (...) La cámara nupcial es un recinto en el que no puede ni debe entrar cualquiera (...) esto es símbolo del acceso al misterio, privilegio al que acceden solo los elegidos” (Moreno, 3).

El misterio se encuentra en lo cerrado, al igual que el Hortus Conclusus que se encuentra cerrado para uso exclusivo de Dios con el alma, generando un espacio de “cámara nupcial” lleno de imágenes de abundancia y goce entre los esposos, y en este lugar son revelados los misterios que el alma es capaz de comprender y de esta forma se elimina todo obstáculo e intermediario entre alma y Creador.

“y ahora te digo donde estoy:

estoy en mí mismo en todos los lugares y en todas las cosas,

como siempre he estado, sin principio,

y te espero en el jardín del amor

y te cojo las flores de la dulce unión

y te hago un lecho con la deliciosa hierba del conocimiento sagrado;

y el resplandeciente sol de mi divinidad eterna

te ilumina con el milagro oculto de mi placer,



que has revelado en secreto,

y doblo el árbol más alto de mi Santa Trinidad para que lo alcances.”

(*La luz que fluye*, 129. Libro II capítulo XXV)

Este espacio interior ve su manifestación simbólica en repetidas ocasiones como un Huerto cerrado que, a lo largo de la obra de Hadewijch y Matilde, es posible observar en la multiplicidad de imágenes florales y frutales. En aquellos pasajes donde se habla directamente de los novios o esposos del *Cantar*, llevan per se en el imaginario epocal la imagen de un Jardín secreto al cual solo los amantes (Alma y Dios) tienen exclusivo acceso, convirtiéndose así en su lecho y lugar de intimidad.

“Entonces él la lleva más lejos, a un lugar secreto. Allí no puede pedir por nadie ni preguntar, pues él quiere jugar a solas con ella un juego que el cuerpo no conoce, ni el labrador junto al arado, ni el caballero en el torneo, ni su encantadora madre María; a esto ella allí no puede jugar. Entonces siguen flotando hasta un lugar delicioso, del que no puedo ni quiero decir mucho. Es demasiado sobrecogedor, no me atrevo, pues soy gran pecadora” (*La luz que fluye*, 71)

Aquella interioridad a la que llamamos Huerto debe ser entonces cerrado para contener dentro de sí “todas las palabras, de qué modo tan admirable revelan mi misterio más íntimo” (*La luz que fluye*, 131. Libro II capítulo XXVI) al contexto de nuestras místicas. En el Huerto se invita a los amantes a la transformación mediante la unión simbiótica entre ellos, en este caso, la invitación es puramente hierofana y mística en la medida en que devela una verdad oculta al cuerpo y sus sentidos, a la cual solo se puede tener acceso en la medida en que el alma sea sometida al camino del Amor. Este camino conlleva un trabajo simultáneo en el interior como en el exterior, llamando así al alma a realizar una difícil tarea: actuar en el mundo, pero a habitar en el orden sobrenatural.

“Con la Humanidad de Dios, debes vivir tu aquí abajo, entre las labores y los dolores del exilio, y con la Divinidad eterna y todopoderosa, debes amar y alegrarte en tu interior con dulce abandono” (*Flores de Flandes*, 69. Carta VI) estas palabras no piden abandonar el



mundo de lo físico, sino a actuar y servir en él, sin embargo, el alma no debe de ninguna manera llenarse de cualquier otro asunto que no sea Dios mismo trabajando en su interior. Este doble trabajo ambivalente es arduo, minucioso y dura toda la vida, es por ello que nuestras místicas solo pueden acceder a los secretos de las verdades de Dios, por medio de un exhaustivo trabajo de auto examinación y la transformación que Dios y ellas hacen en sus Huertos del alma. En este *Hortus* deberán arar la tierra del corazón, sembrar y cultivar sus virtudes y arrancar la maleza del mundo hasta ser un hermoso jardín perfecto donde puedan ser iguales a Dios en Dios. Profundizaremos en esto más avanzado este trabajo.

Hadewijch manifiesta también en sus cartas otra arista importante para la configuración de este Yo escritural y experimental, que es la importancia de la toma de conciencia del trabajo del alma en lo profundo de la interioridad y la necesidad de insatisfacción hasta que llegue el momento final de la unión del alma y el Dios trino:

“Ahora trata de comprender la profunda intimidad de tu alma y qué es alma. Alma es además un ser que se transparenta para Dios y para quien Dios también es transparente. Alma es además un ser que quiere satisfacer a Dios y que en cada acto mantienen la dignidad, si no ha descendido a cosas ajenas, inferiores a su propia alcurnia. Cuando se mantiene de esta forma, el alma es un abismo sin fondo donde Dios se basta a sí mismo y saborea plenamente el gozo que él mismo contiene y donde ella se satisface en él constantemente. El Alma es un camino por el que Dios navega desde su profundo seno a la libertad. Y Dios es para el Alma un camino hacia su libertad, es decir, hacia el fondo divino, que solo puede ser tocado con la profundidad del alma. Y el Alma no está satisfecha hasta que Dios no le pertenece completamente”  
(*Flores de Flandes*, 105. Carta XVIII)

Esta alma henchida de Divinidad es la que se ve develada en el Huerto. Es bajo los deseos del alma de contentar a Dios con su obediencia, que toma consciencia de sí como un Yo que se descubre y reconoce por medio de su escritura. Este Yo es personal, de ninguna manera es representante de una experiencia compartida ya que esta es intransferible por naturaleza, si bien Dios llama a todos a seguir sus caminos, son pocos los escogidos para experimentar su divinidad y descender su sapiencia al mundo.



Este Yo también es femenino y autobiográfico que comunica de su experiencia personal con Cristo, no como una vivencia genérica ni busca coincidir con la teología predominante, sino que muestra los mensajes que Dios decide revelar a esa alma desde la fuente más primaria y directa, por tanto, muchas veces las imágenes en algunos aspectos son muy disímiles de las conocidas por la iglesia católica de la época, lo cual muchas veces llevaba sus obras al límite de la legalidad. Sobre la comunicación de estas experiencias Moreno dice “¿Qué se hace cuando se da una explicación? Se trata de crear un marco de referencia tal que la otra persona comprenda de qué se está hablando. Dado que la experiencia es intransferible, lo que se hace es convertirla en un objeto. Así la experiencia es transferible en cuanto objetivada. ¿Cómo se convierte la experiencia en objeto? A través del lenguaje. En otras palabras, en forma muy global, a través de símbolos” (Moreno, 6) Al escribir sobre estos símbolos e imágenes se enfrentan con la dificultad de decir lo indecible, sobre lo cual “el alemán no alcanza y latín no sé” (*La luz que fluye*, 103. Libro II capítulo III) y lo sobre aquello donde “no hay palabras que puedan expresarlo” (*Flores de Flandes*, 109. Carta XIX). Tienen la necesidad comunicar eso que han vivido y de crear un lenguaje adecuado, en su mayoría poético, que trate de hacer justicia a lo experimentado para incitar a otros al camino del del éxtasis místico y de la comunicación profunda del alma con lo divino.

Este Yo de nuestras místicas, en un acto de valentía, está dispuesto a predicar incluso si eso las expone al escrutinio público, que si bien muchas veces las reconoció como mujeres santas en otras ocasiones se vieron amenazadas por difundir interpretaciones de la *Biblia* en su lengua vernácula, llevando el mensaje de Dios a las plazas públicas y a al pueblo no letrado. A pesar de las múltiples advertencias sobre los peligros de su vida como beguinas, ellas soportaban con tal de comunicar los mensajes santos que consideran más trascendentales a su existencia misma.

Enfrentándose incluso a la gran limitación de hablar de lo inefable siendo mujeres en una sociedad donde no tenían validez en las áreas de la enseñanza de la *Biblia* y la predicación de los mensajes interpretados de ella, acerca de esto Loet Swart comenta “En el segundo Concilio de Lyon, en 1274, donde se trató la situación religiosa en el norte de Francia y Bélgica, se dijo de las beguinas que entre ellas se extendía, cada vez más, la búsqueda de



sutilezas y novedades teología (*subtilitates et novitates*). Leían la *Biblia* en lengua vernácula e interpretaban irresponsablemente las Escrituras en sus «conventos» o en la calle. Por entonces, el conocido teólogo Enrique de Gante dijo: «Estas mujeres pretenden conocer lo que no les incumbe» (Swart en *Flores de Flandes*, 8) Nuestras místicas eran plenamente conscientes de este pensamiento y el rechazo que su obra causaba en la iglesia, incluso en algunos de sus escritos podemos encontrar relatos de cómo su obra fue amenazada con ser quemada y que se les advirtió que pararan de escribir. Muchas de estas amenazas fueron las que motivaron sus constantes traslados, sin embargo, en ningún caso la labor de escritura se detuvo ya que “nadie puede quemar la verdad” (*La luz que fluye*, 131, libro II, capítulo XXVI) y si Dios las escogió para vivir y comunicar los mensajes santos, entonces el trabajo de escritura es algo que trasciende su propia existencia.

## 2.2. La transformación: aniquilamiento y kénosis

El alma en el interior del Huerto no habita pasivamente, sino que emprende un camino de trabajo con el cual buscará el perfeccionamiento de su ser. Este trabajo es el aniquilamiento y el vaciamiento (que llamaremos kénosis de ahora en adelante) de sí mismo. El vaciamiento o kénosis es un proceso indispensable en el camino de las místicas ya que ellas consideran, en términos simbólicos, que es imposible llenar una copa llena; por ello, el ser debe vaciarse de todo lo que ha construido a lo largo de su vida, todo aquello que no sea Dios mismo o conforme a la voluntad y pensamiento divino, debe ser paulatinamente eliminado. Matilde lo expresa de la siguiente manera:

“Debes amar la nada, debes huir del yo, debes estar solo y no acudir junto a nadie. No debes ocuparte de mucho, sino que debes liberarte de todas las cosas. Debes liberar a los presos y vencer a los libres. Debes deleitar a los enfermos y tú mismo no tener nada. Debes beber el agua el dolor y encender las brasas del amor con la madera de las virtudes: de este modo vivirás en el verdadero desierto” (*La luz que fluye*, 89. Libro I capítulo XXXV).

Kénosis se convierte entonces en la liberación o desprendimiento de todas las cosas, sin que la mística salga físicamente del mundo, sino que se presente en él ya no siendo ella



misma, sino que siendo Cristo en esencia. Sobre esto escribe María Tabuyo en *“El lenguaje del deseo”*:

“El ser humano no solo se mueve en Dios y en Dios tiene su origen, sino que tiene que darle a luz. Pero el camino es arduo y no exento de paradojas; para alcanzar a Dios en su divinidad, es necesario hacerse semejante a él en su humanidad, vaciarse de todo lo accesorio, entregarse totalmente a él “para llegar a ser lo que él es” (c.2) Sólo quien esté dispuesto a dejar todo lo que no sea Amor, incluido su propio ser, verá nacer dentro de sí la divinidad” (Tabuyo, 23)

Sin embargo, vaciarse no es suficiente, ya que el Yo egoico no puede volver a competir espacio con Dios “es necesario que Él crezca y yo disminuya” (*Juan 3:30*) es por esto que el alma debe anhelar su propia muerte en Cristo, para poder convertirse en Dios con Dios, es decir, el alma debe desear su aniquilamiento.

El aniquilamiento consiste en la búsqueda de la muerte del yo egoico y limitado, de todas sus características humanas construidas ya que “Este saludo no puede recibirlo nadie sin ser sometido y aniquilado” (*La luz que fluye*, 72. Libro I capítulo 2) Todo con el fin de dejarle el espacio para que Dios vierta su esencia en la mística, hasta que ya no viva ella, sino que Cristo viva en ella (*Gálatas 2:20*) Sobre esto Guillermo Serés dice “La búsqueda de la continuidad del propio ser en el otro, o sea, de la unidad, está, pues, implícita en el amor; sin ella, claro, no se concibe la transformación del amante en el amado” (Serés, 19) es propio del amor la búsqueda de la unión entre los amantes, y es por ello que es natural que el alma amante de la mística busque su aniquilación y transformación en el Dios amado. Sin embargo, esta aniquilación de sí misma no conlleva aislamiento, sino que el deber de la mística será transitar constantemente entre el orden natural y el sobrenatural. Hadewijch también nos comparte su visión respecto a la transformación de la amada en el amado:

“Cuando al alma le queda solo Dios y no conserva voluntad propia, sino que vive completamente de acuerdo con la voluntad divina y se pierde a sí misma y quiere todo lo que él quiera como él mismo, y está sumergida en él y se ha convertido en nada, entonces, en ese momento, él está plenamente elevado sobre la tierra y atrae todas las



cosas, de manera que ella se convierte en todo lo que él es” (*Flores de Flandes*, 110. Carta XX)

Esta transformación también es símil de aniquilar su individualidad con el fin de “abandonarse filialmente a su noble fuerza” (*Flores de Flandes*, 98. Carta XVI) vencerse a sí mismo, vencer al Amor y rendirse ante Dios, para que él sea plenamente en su esencia, dentro de ella y proyectándose al exterior.

Esta kénosis no es un proceso instantáneo, sino que el duro trabajo consigo mismas y la cultivación de sus virtudes a lo largo de todas sus vidas, les permitirá seguir el camino que las llevará a su mayor meta: la fusión con Cristo. Este trabajo personal intenso tomará también otro rumbo en extensión y un símbolo con el cual representarse que abordaré en profundidad en el siguiente capítulo: las especias aromáticas.

### **3. El contenido del Huerto**

#### **3.1. Las especias aromáticas y las virtudes del alma**

Ya indagamos en las implicaciones del *Hortus* en cuanto a su condición de estar cerrado, sin embargo, debemos avanzar hacia la interioridad del Huerto para descifrar los significados de cada una de sus partes, y en este caso, una vez atravesamos el cerco del Huerto lo primero con lo que nos encontramos es su contenido.

¿Cuál es este contenido? En el *Cantar de los Cantares* se despliega una amplia variedad de árboles frutales, motivos florales y un contenido muy particular: las especias aromáticas. “Tus renuevos son paraíso de granados, con frutos suaves, De flores de alheña y nardos; Nardo y azafrán, caña aromática y canela, Con todos los árboles de incienso; Mirra y áloes, con todas las principales especias aromáticas” (*Cantar* 4:13, 14). Esta extensa enumeración no es casual ni ornamental, todas estas especias son importantes física y simbólicamente en el contexto bíblico, fundamentalmente en el antiguo testamento.



Solo por nombrar algunas de sus funciones se encuentran el aceite que se usaba en los ritos funerarios para amortajar al muerto; el incienso<sup>7</sup> que se quemaba en el lugar santísimo para la expiación de los pecados del pueblo; también tenemos su uso en las coronaciones de los reyes donde se utilizaba el aceite de la unción que era derramado sobre la cabeza del monarca y cumplía la función de dedicarlo a Dios y capacitarlo para una función específica; en tanto a exclusividad y la escasez para conseguirlas también eran consideradas regalo de reyes (recordemos la mirra regalada a Jesús al nacer) ya que son similar de riqueza, etc. Es decir, las diferentes formas en las que se podían transformar y usar las especies aromáticas, cumplían funciones simbólicas y rituales para en contexto bíblico, Sin embargo, sorprende entender que no es distinto en el caso de nuestras místicas, solo que en ellas estas especies cobran un significado que es resultante acumulativo de todos los significados que se encuentran en la *Biblia*, se vuelven símbolo de las virtudes del alma otorgadas por Dios.

Antes de ir directamente a evidencia textual, es preciso entender las implicaciones del símbolo como tal.

“¿Qué es un símbolo? un símbolo cuando es verdaderamente símbolo pretende decir lo indecible. Diríamos que es exactamente como el cuadro que pintó el pintor, como la música que compuso el músico, como el poema que compuso el poeta, como el rito que creó el hombre religioso: En el mismo plano, con distintos recursos tratan de decir de alguna manera aquello que no se puede decir (...) El símbolo no es “intelectual”, no es lógico, porque lo intelectual y lógico es un todo coherente, decible, demostrable y manejable. El símbolo, por el contrario, maneja a quién a él se somete (pensar, por ejemplo en la patria, la bandera, etc.) El símbolo religioso por su condición de tal no puede ser reducido a un discurso, sino que es una especie de campo de encuentro en el cual podemos participar, compartir la experiencia religiosa” (Moreno, 7)

En base a esto es posible considerar los derivados de las especias aromáticas del *Cantar*, como lo son el aceite y el incienso, como símbolos cristianos alusivos al aroma que

---

<sup>7</sup> Este incienso ceremonial se llama ketoret y corresponde a una combinación específica de once diferentes especias aromáticas, sus cantidades exactas para componerlo se desconocen hoy en día. Sin embargo, actualmente para la cábala judía, la ketoret consta de una oración que cumple la misma función que el incienso en el lugar santísimo, purificar y expiar once pecados del pueblo.



sube y desciende desde el trono de Dios, y mediante estos símbolos nuestras mujeres de estudio pretenden compartir su experiencia mística.

Para nuestras místicas estas especias son las virtudes del alma, aquel regalo divino que les es concedido como don para que trabajen en sí mismas cada día hasta perfeccionarlo y de esta manera agraden a Dios con su agradable aroma. Pero estas virtudes no agradan a Dios con su mera existencia, sino que él entrega esas virtudes de la misma forma en que se entrega una semilla, que las místicas deben primeramente arar y preparar la tierra de su ser para poder ser tierra fértil y apta para recibir esta semilla divina, luego deben dedicar su vida al trabajo de regar y otorgar sol para que la semilla pueda convertirse en su potencialidad, es decir, llegue a ser un árbol perfecto que de frutos que el Creador pueda disfrutar.

Esto será ampliamente descrito y referenciado por nuestras místicas. Matilde por un lado nos habla de las santas virtudes y hace advertencias sobre aquellas que no son virtudes divinas e incluso algunas que considera falsas propias del hombre, en el Libro III capítulo XIV y XV encontramos un ejemplo concreto, en estos capítulos se advierte el peligro de las falsas virtudes que no están sustentadas en Dios y explica cuáles son las virtudes con las que se debe ir ante él. Sin embargo, ya desde su primer libro encontramos diálogos entre el alma y Dios, donde se muestra a este último como el dueño de la casa, más adelante será referenciado como el dueño del jardín a quién se debe obediencia por amor y ella es para él aroma agradable:

“Y él dice: «Ea mi amada paloma, tu voz es música de arpa en mis oídos, tus palabras son hierbas aromáticas en mi boca, tu anhelo es la abundancia de mis dones»

y ella dice: «Mi amado Señor, que sea lo que el dueño de la casa ordene»” (*La luz que fluye*, 72. Libro I capítulo II)

Las virtudes se presentan como el medio por el cual el alma contenta al amado, es lo que las vuelve agradable para sus ojos y dignas de su amor por medio de su buen obrar, su sacrificio y su anhelo inagotable. La mística al iniciar el camino del amor y al responder la llamada de Dios, le son concedidas las virtudes y depende de ellas trabajar para hacerlas crecer. Este trabajo constituye el camino a la meta de su vida, la unión eterna con Cristo. La



aspiración es volverse completamente deseable para el amado, en otras palabras, tienen un profundo anhelo de agradar a Dios con todo lo que son.

Por otro lado, tenemos a Hadewijch, quien es sin duda la que más profundiza en este asunto por medio en sus cartas de dirección espiritual, en las cuales su arista mistagoga le permite explayarse en definiciones, descripciones y consejos dirigidos a sus hermanas en la fe:

“En el Cantar de los Cantares, leemos que la novia buscaba a su prometido no solo deseosa, sino también con sabiduría y que, al encontrarlo, no puso menos delicado cuidado en guardarlo (Cant 3,4). Es lo que debe hacer toda alma sabia bajo el impulso del Amor. Debe hacer crecer incesantemente su gracia con deseo y prudencia; cultivar su campo con prudencia, arrancando la mala hierba y sembrando las virtudes; y construir una casa de conciencia pura para recibir en ella dignamente al Amado” (*Flores de Flandes*, 82. Carta X)

En estas cartas es donde Hadewijch explica, sintetiza y enseña a sus hermanas espirituales a ser rápida y apasionada en la búsqueda de las virtudes (carta XVII) a ser sabias y a esforzarse en comprenderlas (carta XXI) e incluso en muchas de estas cartas Hadewijch nos proporciona ciertas listas con pequeños grupos de virtudes que ella considera que agradan más a Dios. Referente a las virtudes Loet Swart comenta que Hadewijch “Señala reiteradamente la importancia de las virtudes, las cuales constituyen la responsabilidad concreta del creyente en el día a día (...) Quien sigue el camino de las virtudes, crece en semejanza con la humanidad de Jesucristo, y sin esta la otra no es posible” (Swart en *Flores de Flandes*, 29) Esto es para lo que sirve el trabajo de perfeccionamiento de las virtudes, parecerse cada día más a Dios encarnado, es decir, Cristo.

A esta altura cabe preguntarnos ¿cuáles son estas virtudes en las que deben trabajar? son aquellas que configuran el fruto del espíritu “Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley.” (*Gálatas* 5: 22,23) de estas virtudes centrales, por llamarlas de alguna manera, se desprende un sin fin de virtudes que son consecuencia de estas, de la misma forma que las ramas de un



árbol nacen desde su tronco. Las virtudes enumeradas por nuestras místicas (humildad, caridad, pobreza, la razón, la sabiduría, el discernimiento, etc.) buscan llevar a la luz todos los alcances de estas virtudes con el fin de enseñar y comunicar el camino que debe seguir y el trabajo que debe hacer todo aquel que esté dispuesto a caminar en el amor divino.

Ahora ¿cómo son concedidas estas virtudes? Por medio del derramamiento del nombre del amado como aceite “tu nombre es como aceite derramado” (*Cantar* 1:3) de esto Hadewijch dedica no solo fragmentos sino la extensa carta número XXII en su totalidad para hablar de las implicaciones y la belleza del derramamiento del nombre del amado en su Trinidad:

“Dios está fuera de todo y, sin embargo, completamente comprendido (...) Esto significan las palabras del Cantar de los Cantares: Oleum effusum, etc. “Como aceite se derrama tu nombre, por eso te aman las jóvenes” (Cant 1,3). ¡Ay, qué sinceramente habla la esposa, qué bien lo comprende y dice de él que su nombre está derramado sobre todos los caminos, para unguir a todos como necesitan y merecen y según el oficio del servicio que Dios les pide! (...) El padre ha derramado su nombre en obras poderosas, en espléndidos dones y verdadera justicia. El Hijo ha derramado su nombre en demostraciones de misericordia ardiente, en enseñanzas verdaderas y en señales tiernas de Amor. El Espíritu Santo ha derramado su nombre en la gran claridad de su espíritu y de su luz, en la gran plenitud de su fluida y buena voluntad y en el júbilo de la alta, dulce confianza por el gozo del Amor (...) Los que quisieran conocer con orgullo el derramamiento de su nombre, serían como las jóvenes del Cantar de los Cantares y lo amarían” (*Flores de Flandes*, 122, 123. Carta XXII)

El aceite de la unción del que hablábamos en un principio desciende desde la cabeza del rey hacia el resto del cuerpo. De esta misma forma el Creador derrama las virtudes de su nombre sobre el alma de nuestras místicas y en la medida en que se dediquen a perfeccionarlas, este aceite irá cubriendo el resto de su ser. Las virtudes son un don concedido con el cual deben adornarse (carta I y XXX) vestirse, coronarse y ataviarse para embellecer sus almas, santificarlas y volverlas dignas, de esta forma se construye el camino de perfeccionamiento para convertirse en uno con Cristo.



El aceite bíblico cumple la función de dedicar y capacitar a un objeto o persona en específico para cumplir con una labor o función divina. Por ello, cobra otro significado el hecho que la amada del *Cantar* (que es símil del alma para nuestras místicas) le diga a su amado que su nombre es como el aceite derramado, ya que al ser Cristo el amado, su nombre se configura como la virtud más grande que desciende desde Dios mismo y es derramado sobre las vidas de las místicas que creían fielmente que Dios las había escogido para una función en específico: seguir los caminos del Alto Amor y comunicar las verdades reveladas.

Las especias cumplen un rol de abundancia, pero sobre todo colaboran al sentido del olfato, que es el perfume del incienso que asciende (la alabanza, su trabajo, su servicio, etc.) al trono de la Divinidad, sin embargo, al mismo tiempo que el perfume está ascendiendo, el aceite (las virtudes) está siendo derramado sobre la vida de nuestras místicas. Es un flujo (como podría decirlo Matilde) de comunicación constante, simbiótica incluso, entre el Creador y el Alma. Y en la medida en que esto sucede y se ve reflejado en las obras y servicios a su comunidad, ellas sienten que están contentando al amado “Así se corteja al Amado. Mientras se carece de él, se le alcanza por medio del servicio y con todas las virtudes” (*Flores de Flandes*, 115. Carta XXI) Es precisamente su servicio a la comunidad el que les posibilita evaluar que tan bien están trabajando en sus virtudes y que tan cerca o lejos se encuentran de la perfección en la tierra.

“Tenemos que vivir para agradecer al Amor, que siempre ha reclamado la Unidad y que ha adornado la sumisa humildad con justas obras, y vivir conforme a la constante exigencia de virtud que realiza la Santa Trinidad, que siempre exige que se le agrade con virtudes perfectas, que nos hacen crecer y nos hacen perfectos aquí abajo. Tal es nuestra vida trina y una” (*Flores de Flandes*, 144. Carta XXX)

De alguna forma las virtudes no solo las hace agradables a los ojos del Creador, sino que las virtudes son el adorno y la vestidura que ellas preparan en esta vida para el encuentro eterno con el amado en la siguiente. Se preparan en vida, como la parábola de las vírgenes prudentes e insensatas que se encuentra en *Mateo* 25: 1-13, para lo que suceda cuando Dios las llame de vuelta al origen de todo, en el momento de la unión eterna. Ellas trabajan en su perfeccionamiento por medio de las virtudes para llenar sus lámparas de aceite a la espera



que llegue el amado y ellas puedan ir a donde él vive eternamente, en otras palabras, ellas trabajan en vida su posición para lo que bíblicamente se denomina las bodas del Cordero. No buscan ser simples invitadas que observan desde lejos, ellas quieren ser la esposa amada.

### 3.2. El vino especiado y la lucida embriaguez

Antes de la unión final y eterna con Cristo, ellas experimentan breves instantes en donde por medio de un éxtasis místico pueden saborear el dulce encuentro de la unión, sin embargo, debido a lo disímiles aún de sus naturalezas (divina y humana) estos momentos son de corta duración. Aunque solo basta esa brevedad del encuentro para escribir extensamente sobre lo maravilloso que es el goce de la unión o lo que nuestras místicas llaman fruición, mencionada también como fruitio.

Para hablar de esta fruición, es usado otro símbolo del contenido de este Huerto cerrado del *Cantar*, que es el fruto de la vid o, en otras palabras, el vino. Las alusiones al vino en el *Cantar* son numerosas, pero podemos mencionar algunas citas representativas de lo que aquí se quiere expresar: Por un lado, tenemos a la esposa diciendo “¡Oh si él me besara con los besos de su boca! Porque mejores son tus amores que el vino (...) Atráeme; en pos de ti correremos. El rey me ha metido en sus cámaras; Nos gozaremos y alegraremos en ti; Nos acordaremos de tus amores más que del vino; con razón te aman” (*Cantar* 1:2, 4) y el esposo responde de igual forma más adelante diciendo “¡Cuán hermosos son tus amores, hermana, esposa mía! ¡Cuán mejores que el vino tus amores, y el olor de tus ungüentos que todas las especias aromáticas!” (*Cantar* 4:10) Este intercambio entre esposos que hablan sobre lo hermoso que es el instante en que se encuentran juntos, son muy similares a los diálogos entre el alma y Dios, que encontraremos en los textos de nuestras místicas.

Tanto Hadewijch como Matilde tratan este tema en sus escritos, pero al contrario de lo que pasaba con las descripciones de las especias aromáticas, aquí es Matilde quien más se explaya sobre este tema. En ambas vemos desplegado su lenguaje más sensual y simbólico para describir el gozo de esta unión momentánea con el Creador, que es su amado, de quien saben que, si bien su encuentro es breve, es a su vez perfecto ya que “«Te deseé antes del principio del mundo. Te deseo y me deseas. Donde dos deseos ardientes se encuentran, allí



es perfecto el amor»” (*La luz que fluye*, Libro VII, capítulo XVI) cuando la separación llega, ambos comienzan a buscarse mutua e incansablemente hasta que se concrete el siguiente encuentro.

“Y descubrí numerosos signos en la vivencia íntima del Amor entre él y yo (como entre los amantes, que suelen esconderse poco y se manifiestan mucho mutuamente; sobre todo la experiencia en la sutil y mutua intuición, en el saborearse hasta el fondo, en el comerse, beberse y devorarse sin reserva alguna)” (*Flores de Flandes*, 84. Carta XI)

Hadewijch nos describe aquí la complicidad de aquellos amantes que se han vuelto íntimos en el conocimiento mutuo, cómplices en su sentir compartido y libres de disfrutarse sin reserva alguna. Para ella, son estos los signos de la profunda de la intimidad que se tiene con el Creador, a quien se dedican a conocer y contentar por amor. Ahora, beberse mutuamente o beber el dulce vino de la unión trae una consecuencia: la embriaguez.

Esta borrachera es descrita como positiva e incluso, por más contradictorio que suene, se convierte en una lúcida embriaguez para la experiencia mística:

“Luego el Alma bienaventurada es dirigida a una embriaguez espiritual, en la cual debe jugar y comportarse según la dulzura que siente interiormente. Nadie le hace reproches por eso. Ella es el Hijo de Dios y es gozo” (*Flores de Flandes*, 138. Carta XXVIII)

Matilde escribe también sobre esto:

“[Esposa:] «¡Escúchame, amada compañera! Estaba ebria y feliz en el amor, por eso hablé llena de ternura, aunque con sensatez. Pero cuando estoy muy borracha no puedo pensar en mi cuerpo, pues el amor me manda. Lo que él quiere tiene que ser, y me atrevo a todo aquello en lo que Dios pone su confianza...” (*La luz que fluye*, 142. Libro III capítulo II)



Este momento extático del ser, es muy peculiar ya que ellas son llevadas a un estado donde salen de sí mismas, pero en esto involucran completamente al cuerpo y sus sentidos. En este estado toda su voluntad ha quedado subyugada a los deseos del amado y ellas se entregan con confianza al momento místico que es percibido como un regalo divino, una bienaventuranza, una buena señal de que se encuentran completamente inundadas de la esencia divina. Esta fruición, comprende el amor de Dios como don divino, que atraviesa el alma hasta llegar al cuerpo, inundando todo de divinidad hasta producir la embriaguez de los sentidos. Esta es, la experiencia misma, donde no se rechaza la corporalidad (porque no se puede) sino que se hace partícipe al cuerpo de la experiencia divina, más bien, es tanto lo inundada que se encuentra el alma de presencia divina que el cuerpo no puede quedar indiferente, aunque quiera y permanece entonces rendido ante el derramamiento de las virtudes y embriagado de abundancia y fruición.

El vino es la dulzura del amor entre los esposos y a su vez es representante de la abundancia de divinidad en el ser, lo que lleva en consecuencia a la embriaguez, pero esta no es de ningún modo condenada por su exceso, sino que por el contrario, son alabadas por ello. A diferencia de las especias aromáticas anteriormente vistas, que eran consideradas como aceite que purifica y santifica la vida, el vino nos habla del disfrute del momento unitivo. El vino es, en conjunto con la fruición, el símbolo de Cristo mismo (su sangre y sacrificio) e invita al deleite sin medida, es decir, la esencia divina es algo de lo que el alma nunca debe cansarse, sino más bien emborracharse en el éxtasis de su naturaleza y solo por medio de eso conseguir la lucidez a las verdades ocultas al mundo.

“Entonces Nuestro Señor les dió de su corazón divino una bendición a las pobres almas. Ellas salieron con gran alegría y amor. Y dijo el alma que era allí extraña: «Ah, amadísimo Señor, ¿adónde deben ahora dirigirse?». Y él respondió: «Voy a llevarlas a una montaña llena de flores». Allí encuentran más gozo del que yo puedo expresar. Nuestro Señor las servía, y era su criado y su amadísimo compañero” (*La luz que fluye*, 159 y 160. Libro III, capítulo XV)

De este servicio por parte de la Divinidad se desprende un concepto interesante en Matilde, que es concebir al Dios Trino como el copero del alma. “Dios padre es el copero de



esta vida embriagadora, el hijo es el cáliz, el espíritu santo es el vino” (Libro II, capítulo XXIV) Un momento extraño donde el Creador increado, como lo llama a veces Matilde, está aunque sea por un instante al servicio del alma, lo cual es un paso más allá de la simple disposición a estar presente en la vida de quienes lo buscan.

“Nuestro Señor sostenía en sus manos dos copas de oro, ambas estaban llenas del vino vivo. En la mano izquierda estaba el vino tinto del dolor y en la mano derecha el vino blanco de la consolación más sublime. Entonces dijo Nuestro Señor: «Bienaventurados aquellos que beben de este vino, pues aunque vierto en ambos el amor divino, el blanco es en sí mismo más noble, y los más nobles son aquellos que beben de ambos, el blanco y el tinto»”. (*La luz que fluye*, 109. Libro II capítulo VII)

Dolor y consolación, aunque sean contrarios, aquí nacen de una misma naturaleza. Esta ambivalencia es característica del momento extático ya que, esta vivencia es una experiencia límite, donde el alma y el cuerpo son llevados muchas veces al borde de la muerte. Es un momento aterrador, pero a su vez es tan dulce su consuelo que no pueden sino anhelar constantemente vivirlo.

“El amor sin conocimiento

le parece oscuridad al alma sabia,

el conocimiento sin gozo

le parece un tormento infernal,

del gozo sin muerte no se puede lamentar lo suficiente” (*La luz que fluye*, 80. Libro I, capítulo XXI)

El vino sigue siendo nuevamente el representante de este significado. El vino ceremonial ocupado hasta el día de hoy en la mayoría de las iglesias cristianas es el símbolo por excelencia de la sangre de Cristo. Este vino lleva en sí la ambivalencia de la vida (la salvación eterna) y la muerte (la sangre derramada en la cruz), es por esto que esta hierofanía lleva en su naturaleza el goce y el sufrimiento como un don divino que eleva el alma a su



mayor estado de santidad. Esta vivencia atterradoramente magnífica, es expresado por Matilde como “Ahora amado Señor, cuando muera, quiero sufrir allí dentro con gozo por tu amor” (*La luz que fluye*, 71. Libro I, capítulo II)

Por eso mientras más sufrimientos ellas deban pasar por estar al servicio de Dios, más grandes creen que es la gloria para sí mismas y con más ojos de amor son miradas por el amado que siempre las espera con el consuelo prometido, que es el Espíritu Santo, configurado en *Juan 14:26* como el Consolador por excelencia. Sobre esta dualidad en el momento místico, Moreno comenta en *La Religión*:

“Este “theos”, este Dios, es atractivo y repelente, es terrible, es espantoso. Lo santo, lo numinoso, como se dice, son palabras para expresar más o menos lo mismo: la atracción y el terror (...) he aquí un análogo del fenómeno ambivalente de la atracción y repulsión, tensión ambivalente desencadenada al entrar en el mundo de lo desconocido. Algo semejante ocurre en el reino de las experiencias del amor (...) alguien dijo por ahí que comenzar a amar es comenzar a sufrir, y ciertamente el amor-sufrimiento atrae y repele” (Moreno 5, 6)

Este terror aumenta en la medida en que, ante la experiencia, el alma se va haciendo más santa “«Cuanto más santo el amor, más grande el miedo, y cuanto más abundante el consuelo, más constante el temor. Pero el alma amante no puede temer con espanto, sino que teme noblemente»” (*La luz que fluye*, 195. Libro IV capítulo XVI) esta numinosa experiencia enfrenta a la mística a un bucle del cual ni puede ni desea salir, ya que considera que la ganancia siempre será superior comparada con los sufrimientos que padece, ante esta perspectiva, incluso la muerte constituye un momento santo y glorioso ya que el alma se enfrenta a la gran despedida de la vida y el cuerpo, pero a su vez recibe la mayor recompensa ya que es llevada de vuelta a las manos del amado Creador.

El vino de la unión que disfrutan y sufren nuestras místicas durante su vida, las mantiene constantemente anhelantes del amado, nunca es suficiente ya que el placer de esta unión en la tierra es limitado en la medida en que está “contenido según la capacidad de los sentidos” (*La luz que fluye*, 101. Libro II capítulo III). En el momento de la unión final y



eterna, también es servido este vino, en la boda entre el amado y la amada o las anteriormente mencionadas bodas del Cordero, que serán el instante del goce en la unión definitiva donde ya no exista más separación.

## **4. Fuente sellada, el espejo del cielo**

### **4.1. La fuente de agua viva**

El contenido de este capítulo puede ser considerado como complemento del capítulo anterior, ya que en ambos se encuentran elementos que son necesarios a lo largo de la vida de nuestras místicas para el perfeccionamiento del ser y la meta final.

Anteriormente nos encontrábamos insertos en el Jardín, exploramos su contenido y su significado simbólico, sin embargo, para este capítulo es necesario adentrarnos aún más en el Huerto hasta llegar a su centro, lo que posibilita la vida y la existencia del mismo: la fuente de agua.

Existe una indispensable colaboración entre lo que la fuente del Huerto representa, el trabajo en las virtudes más el goce de la unión. Esto se debe a que este trabajo de vida no puede realizarse completamente en soledad, ya que el cuerpo no sería capaz de resistirlo, por ello es necesario que las místicas beban constantemente el agua de la fuente y que permitan que esta misma fertilice su Huerto del alma y den acceso a la vida.

Ahora ¿porque estamos hablando de una fuente? como siempre cada vez que hacemos referencia a alguna parte del Huerto es necesario remitirnos al *Cantar de los Cantares* donde encontramos que el Amado se refiere a la esposa como “Fuente cerrada, fuente sellada” (*Cantar* 4:12) y también como “Fuente de Huertos, Pozo de aguas vivas” (*Cantar* 4:15) esta fuente debe ser considerada en un inicio como nacimiento de aguas subterráneas y luego su significado expandido es lo que conocemos como fuente o pozo como una construcción sobre la cual reposan y fluyen las aguas.

Con esta fuente es identificada a la esposa, pero bíblicamente también es representante del esposo, es decir Dios. Esto en una primera instancia puede parecer una



contradicción, pero “En la tradición cristiana (...) el Cantar aparece como una guía y fundamento para emprender un camino de unión con Dios.” (Góngora, 2)<sup>8</sup> es por ello que amada y amado pueden ser identificados por un mismo símbolo y significado, ya que en el *Cantar* se está representando la unión mística con Dios donde los esposos se convierten en uno solo.

En el *Diccionario de símbolos* de Eduardo Cirlot podemos encontrar la siguiente definición de fuente:

“En la imagen del paraíso terrenal, cuatro ríos parten del centrum, es decir, del mismo pie del Árbol de la Vida, y se separan según las cuatro direcciones marcadas por los puntos cardinales. En consecuencia, surgen de una misma fuente, que deviene simbólica del «centro» y del origen en actividad (...) Por ello la iconografía artística presenta con gran frecuencia el motivo de la fuente mística” (Cirlot, 210)

Sobre esta característica central del agua que fluye en el Huerto Cerrado encontramos que:

“Con relación al agua son características comunes a las tres culturas<sup>9</sup> su presencia y su doble significado de utilidad y simbólico. También en el jardín cristiano, el agua simboliza el centro de la vida y a la vez permite el riego del jardín, obtenida de pozos o fuentes. Su valor “central” pasa de lo simbólico a lo geométrico con mucha frecuencia” (Hortus Conclusus, 8)

La imagen de esta fuente central se desprende originalmente desde *Génesis* 2:10 “Y salía de Edén un río para regar el Huerto, y de allí se repartía en cuatro brazos” Esta centralidad revela su importancia para el funcionamiento del Huerto y permite construir sobre ella la imagen de la fuente cerrada y sellada del *Cantar*. ¿Qué significa que la fuente esté

---

<sup>8</sup> El texto citado corresponde al de María Eugenia Góngora *El Cantar de los Cantares y su reescritura medieval: Richard Rolle de Hampole (1300-1349)*

<sup>9</sup> Las tres culturas a las que se está haciendo referencia esta cita son la islámica, la cristiana y la hebrea.



cerrada y sellada? ambos están mencionando una misma cualidad: la exclusividad. Por un lado, el hecho que esta fuente se encuentre cerrada, como ya habíamos nombrado en capítulos anteriores, habla sobre que no cualquiera tiene acceso a ella, ni puede beber de ella ya que su uso es exclusivo del dueño del Huerto. Por otro lado, la característica de estar sellado implica una “marca, signo, señal de propiedad y de individualidad, de diferenciación” (E. Cirlot, 401) es decir, nuevamente este sello que el dueño del Jardín ha puesto sobre la fuente la marca para su uso exclusivo, que puede traducirse en los textos incluso como fidelidad.

Es posible identificar la fuente como un recurso simbólico constantemente en los textos de Hadewijch y de Matilde, sin embargo, no siempre aparece referenciado directamente como una fuente, sino que hay también todo un campo semántico que se despliega desde aquí, donde lo que más abundará serán aquellas palabras referidas al agua de esta fuente, fundamentalmente como el flujo de la divinidad que las hace sentir inundadas de su presencia. En Matilde la fuente se encuentra directamente referenciada de la siguiente forma:

“Mirad como viene elevándose la que me ha herido. Ha arrojado lejos de ella el mono del mundo, ha vencido al oso de la impudicia, ha pisoteado al león del orgullo, le ha destrozado las fauces al lobo de la codicia y viene corriendo como un ciervo perseguido hacia la fuente que soy yo, viene con ímpetu como un águila desde el fondo hasta lo alto” (*La luz que fluye*, 90. Libro I capítulo XXXIX)

Esta escena trae al imaginario una serie de momentos bíblicos que pueden ser fácilmente vinculables con las citas de nuestras místicas. Dios al llamarse a sí mismo como la fuente, recuerda inmediatamente al libro del profeta *Jeremías*, muy leído y referenciado por nuestras místicas, en donde Dios reclama al pueblo de Israel diciendo: “me dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas, cisternas rotas que no retienen agua” (*Jeremías* 2:13) Dios es bíblicamente representado como la fuente de agua inagotable<sup>10</sup> y siempre rebosante, de la cual todo creyente verdadero debe beber ya que “el que beba del

---

<sup>10</sup> Matilde también lo nombrará directamente como "fuente inagotable" y eso podemos encontrarlo en el capítulo VIII de su primer libro.



agua que yo le daré, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna” (*Juan 4:14*)

Esta agua de vida eterna que fluye de la fuente inagotable es una “dulce amorosa corriente de manantial” (*La luz que fluye*, 347. Libro VII, capítulo XXIV) donde “Dios fluye santamente sobre todos los santos en su propia paternidad. Y es manantial de nueva riqueza llena de gloria para sus hijos predilectos” (*Flores de Flandes*, 137. Carta XXVIII)

Como veíamos en el *Génesis*, esta agua no solo se queda en una sola parte, sino que fluye por en medio del Huerto, de la misma forma en que Dios mismo fluye en el alma de las místicas.

“La presencia de lo divino es comparable a una energía, a un fluido misteriosamente activo (...) Los místicos del XII evocan el sentimiento de la presencia divina cuya realidad transforma el cuerpo y el alma. Guillermo de Saint Thierry<sup>11</sup> habla del alma que posee de repente una bienaventurada experiencia ente la presencia del amado” (Davy, 23)

Este fluir del agua (divinidad) es concedido como una gracia sobre el alma, y por medio de ella Dios es glorificado. Estas aguas descienden desde lo alto de Dios, pero no se quedan ahí ya que “por naturaleza el torrente de mi Espíritu Santo fluye hacia el valle” (*La luz que fluye*, 131. Libro II, capítulo XXVI) esta fuente posee agua que fluye descendentemente, hacia aquellos que nos encontramos abajo (en la tierra), configurando canales líquidos de comunicación entre el Creador perteneciente por naturaleza a las aguas superiores del cielo<sup>12</sup> y el alma de la mística perteneciente a la tierra, que posee “el anhelo que asciende y la humildad que se hunde y el amor que fluye; estas tres doncellas conducen el alma arriba ante Dios” (*La luz que fluye*, 355. Libro VII, capítulo XXXIV).

---

<sup>11</sup> Guillermo de Saint Thierry es un místico del siglo XII del cual podemos ver influencias en la escritura de Matilde y Hadewijch, aunque no se lo nombre de forma directa. Por ello no es de extrañar que esta misma idea este muy presente en ellas.

<sup>12</sup> Donde para Matilde tanto el agua como la luz y el amor se mueven. Todas como manifestaciones de Dios mismo.



El agua, de la misma forma en que recorre el Huerto debe recorrer constantemente la vida espiritual de la mística, es lo que le permite crecer en sus experiencias, es también de dónde sacan fortaleza para soportar la presencia de Dios como éxtasis y soportar los padecimientos de la vida cotidiana.

Esta agua las refresca, otorga consuelo y las transforma, ya que no pueden volver a ser las mismas una vez han sido tocadas por este fluir divino<sup>13</sup> y mientras más avanzan, más se van hundiendo en la profundidad de las aguas místicas, así como lo describe en la *Biblia* en el libro del profeta *Ezequiel* en su visión del capítulo 47, donde una fuente de agua subterránea que mana de debajo de la casa por medio del imponente fluir de sus brazos se convierte en un río enorme en la medida en que el profeta va avanzando en él, hasta que no le queda otra opción más que seguir nadando, este río sana todo lo que en él se encuentra “y toda alma viviente que nadare por dondequiera que entraren estos dos ríos, vivirá” (*Ezequiel* 47:9). De esta misma forma ellas quieren dejar fluir a Dios y poder nadar en él<sup>14</sup> y en la medida que más se van inundando de su presencia, más van siendo purificadas y transformadas por el amado.

#### **4.2. La búsqueda del reflejo de un mismo ser**

La idea de la transformación por medio de estas aguas nos permite trasladarnos a una característica importante. Las aguas de la fuente son resplandecientes, se encuentran en un constante fluir y también poseen otra característica propia del agua: el reflejo.

Este reflejo nos muestra la imagen del cielo sobre el Huerto y permite que consideremos a las aguas como un espejo del cielo, pero ¿que implica que el agua de la fuente refleje el cielo? implica la búsqueda de la semejanza y unión entre Dios y el alma por medio de la transformación constante. Este trabajo de transformación, como indiqué en un inicio del capítulo, no es en soledad, sino que debe ser en conjunto con la ayuda divina. La ayuda

---

<sup>13</sup> Sobre esta transformación tenemos el relato de Matilde "Yo, indigna pecadora, fui saludada cuando estaba sola por el espíritu santo a mis doce años, por un fluido bienaventurado, de tal modo que ya nunca más soportaría dejarme llevar por un gran pecado" (Matilde, libro IV, capítulo II)

<sup>14</sup> Matilde, libro III, capítulo I



divina reside en la disposición de la fuente, siempre al acceso de quien quiera llegar a ella, y solo de esa forma pueden trabajar en llegar a la meta de su existencia.

“Señor, tú eres mi amado, mi anhelo, mi fuente que mana, mi sol, y yo soy tu espejo” (*La luz que fluye*, 74. Libro I capítulo IV) Esta fuente es un espejo que refleja al cielo, de la misma forma en que el alma de la mística busca reflejar a Cristo en la tierra. Ser uno con el Dios Trino es siempre la meta final de las místicas. Sin embargo, una de las tres Personas de Dios es el ejemplo perfecto que estas mujeres buscarán seguir e imitar en todo: Cristo. Jesús es el modelo ideal y su referente constante, ya que es el espejo de Dios en la tierra, es la forma en que Dios se hizo hombre, viviendo entre hombres, sufriendo con los hombres, pero siempre en perfección por su esencia divina.

Hadewijch dice: “si quieres parecerte al ser en el que te ha creado Dios, no deberías rehusar, por razón de tu nobleza, ninguna pena. Y, por tu orgullo valiente, no dejes que se te escape algo; por el contrario, consigue la mejor parte, quiero decir, la gran totalidad de Dios como tu propio bien” (*Flores de Flandes*, 71. Carta VI) Es por medio de las dificultades por donde ellas pueden trabajar en ser “reflejo recíproco de Dios y del alma amante” (*La luz que fluye*, 218. Libro V, capítulo I)

Este reflejo, esta búsqueda de igualdad otorga el poder para “apoderarse” de Dios: “debemos apoderarnos de cada cosa con ella misma: violencia con violencia, inteligencia con inteligencia, poder con poder, amor con amor, el todo en el todo; siempre lo igual con su igual: es lo único que sirve nada más” (*Flores de Flandes*, 76. Carta VII) Solo trabajando en ser más Dios y menos ellas, es donde es posible “apoderarse” de Dios convirtiéndose en él mismo. Hans Urs von Balthasar<sup>15</sup> escribe en la introducción a *La luz que fluye de la divinidad* que “el fluir se convierte en la reciprocidad de la comunicación del ser (...) el fluir se convierte cada vez más en la expresión por excelencia del ser del amor” (Urs en *La luz que fluye*, 45) esta reciprocidad del alma y Dios, este fluir del agua que a su vez refleja, permite a las místicas ser transformadas progresivamente en su Amado hasta que los límites

---

<sup>15</sup> Esta introducción de este gran teólogo del siglo XX Hans Urs von Balthasar, presente en la edición que yo consulto sobre *La luz que fluye de la divinidad* de la editorial Herder. No fue hecho para esta edición sino para la edición de Margot Schmidt en 1955. Sin embargo, debido a su importancia fue incluido en la versión de Herder y por ello yo lo cito desde ahí.



entre uno y otro, en el momento de la unión final, se vuelvan indistinguibles porque ya han quedado unificados en un mismo ser. El fluir del agua eterna en la vida de nuestras místicas representa la unión momentánea con el Creador, las mantiene motivadas a la espera de aquel momento en que esta unión mística se vuelva eterna igual que las aguas que constantemente beben y buscan reflejar.

El beber del agua de la vida que mana de la fuente y el ser reflejo del cielo, configura parte también del caminar de las místicas, en conjunto con el trabajo con las virtudes y la dedicación de sus vidas a Dios. Este trabajo es durísimo ya que se trabaja desde la limitación corporal de la humanidad de la mística que puede recibir solo un poco de la divinidad, ya que su naturaleza no se le permite contener, ni comprender ni resistir más. Ellas anhelan el momento de la consolución de sus penas “porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes de aguas de vida y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos” (*Apocalipsis 7:17*) donde ya no exista más pena ni dolor, solo Dios glorificado.

Esta es una razón más para el anhelo del momento de la unión donde ya no exista esta limitación. Cuando decimos actualmente que vamos a la fuente nos referimos a ir al origen de lo que se está hablando. De esta misma forma, es posible considerar el camino espiritual que recorren Hadewijch y Matilde, su trabajo y sus experiencias, como una búsqueda de regreso a la fuente, es decir, al origen de todo.

“El hombre debe reproducir en sí mismo las distintas fases de la creación (...) Las aguas de lo alto significan las aguas espirituales, las de abajo las aguas abisales. El cielo espiritual es nuestro espíritu, y el hombre espiritual puede contemplar a Dios...”  
(Davy, 56)

Volver al origen también significa regresar al momento de la humanidad donde el hombre fue más puro y cercano a la naturaleza divina, el Jardín del Edén del *Génesis*, sin embargo, este camino de regreso es arduo, difícil y lleno de pesares que son solo soportables en la medida en que el fluir de Dios las consuela. Este camino, ya no es posible realizarlo por el mismo lugar de donde se salió, fue necesario para ello un nuevo pacto, un nuevo jardín como el del *Cantar*, donde el amado y amada (Dios y el alma) se buscan constantemente



hasta que finalmente llegue el momento donde la separación no exista: la unificación con Dios mismo, su eterno amado.

## **5. El jardín: un viaje de regreso a casa**

### **5.1. De vuelta al jardín**

Ya he mencionado en múltiples ocasiones a lo largo de este trabajo, que el objetivo o meta de la vida de Hadewijch y de Matilde (y de toda mística en realidad) es la unión permanente con Dios. Esta unión, que también es llamada henósis, constituye el momento cúlmine de su caminar espiritual, no solo trabajan para llegar a ella sin más, sino que buscan agradar al Creador en el proceso.

Esta henósis constituye también el anhelo del alma de regresar al lugar de donde nació y a donde fue llamada desde antes de la formación del mundo (*Efesios* 1: 4,5) y volver al momento en el que el hombre fue más cercano a la divinidad en su humanidad: el jardín del Edén. Que podemos encontrar en el relato del *Génesis* 2:8-12.

Este viaje de regreso no es de ningún modo una pretensión física de volver a un jardín paradisiaco. Para esta historia no es posible regresar al lugar de origen por el mismo de camino por el cual se salió en un principio. Esta historia de la humanidad en términos espirituales es sobre la redención y perdón, que cuenta la salida (el exilio) de un jardín físico y la llegada a un jardín espiritual donde se restaura el vínculo entre Dios y la humanidad. Este segundo Jardín es el que aparece en el *Cantar de los Cantares*.

Las similitudes entre ambos Huertos, Edén y *Cantar*, saltan a la vista. En ambos la vegetación es predominante creando un ambiente de abundancia y plenitud, donde habitan árboles, frutas, animales, agua y, por supuesto, Dios y el hombre presentes. En el primero el Espíritu de Dios se paseaba por su Huerto disfrutando de su creación como era el plan original. En el segundo Cristo, se pasea por su Huerto en busca de su amada esposa (que como ya sabemos es representante del alma humana) con la que desea gozarse eternamente. En palabras de Hadewijch “Este es siempre su deseo y su ruego, estar en la unión íntima y exclusiva del Amor, como se lee en el Cantar de los Cantares: *Dilectus meus mihi et ego illi*



(Cant 2,16) Así habrá una sola reunión en la única voluntad del Amor unitivo” (*Flores de Flandes*, Carta XIII)

La figura de Cristo, como habíamos visto anteriormente, configuraba el ejemplo de una vida perfecta en la tierra que nuestras místicas desean seguir en todo aspecto. Pero no solo es una imagen que imitar, sino que su figura constituirá la clave para que la humanidad pueda restaurar el vínculo inicial y poder tener acceso a la vida eterna “Yo soy el camino, la verdad y la vida; Nadie viene al Padre, sino es por mí” (*Juan 14:6*). La figura de Cristo es clave para la existencia de una historia de salvación y redención de pecado.

Ya no es posible volver al plan original de la misma manera. La vía física ya no forma parte de este nuevo camino, por lo tanto, ahora quien debe viajar de vuelta al Jardín es el alma. No es un camino sencillo, está lleno de dificultades y limitaciones, sobre todo en lo disímiles que son las naturalezas entre Dios y la humanidad.

Para ello Cristo toma la figura redentora que crea una vía para volver a la divinidad, la invitación a seguirlo y amarlo “sin medida y sin pausa”, como lo expresa Matilde. Cristo como Dios mismo es también el dueño del Huerto y abre un acceso para que la novia (el alma amante) ingrese en el Huerto otra vez, donde debe trabajar en agradarlo con todo lo que es, disfrutar de saberse amada y poder amar, debe preocuparse de disfrutar de los momentos en los que puede gozarse mutuamente con su esposo, debe buscar a su amado cuando el momento de la separación llega (limitada espiritualmente por el cuerpo) y finalmente debe anhelar la unión permanente con el Creador donde ella finalmente va a vivir en las moradas del Amado.

“Y ahora te digo en donde estoy:

estoy en mí mismo en todos los lugares y en todas las cosas,

como siempre he estado, sin principio,

y te espero en el jardín del amor

y te cojo las flores de la dulce unión



y te hago un lecho con la deliciosa hierba del conocimiento sagrado;

y el resplandeciente sol de mi divinidad eterna

te ilumina en el milagro oculto de mi placer,

y doblo el árbol más alto de mi Santa Trinidad para que lo alcances”

*(La luz que fluye, 129. Libro II capítulo XXV)*

La morada del Amado es el retorno del alma a su lugar de origen, donde las almas vuelven al Creador como aparece en *Eclesiastés 12: 7*, es decir, el momento donde ellas puedan ser fundirse en Dios como un mismo ser: “Quiero, padre, que sean uno en nosotros, como tú, Padre, en mí y yo en ti” (*Juan 17:21*) en ninguna otra palabra que se pueda leer en las Escrituras, Dios nos ha revelado más su Amor.” (*Flores de Flandes, 123. Carta XXII*)

## **5.2. La meta: Ser uno eternamente**

Esta meta es el momento al final del camino que recorren nuestras místicas, es su motivación para realizar todo el trabajo de su vida, ya que “Quién se quiera preparar en verdadero amor para la fiesta eterna de la Santísima Trinidad debe empezar aquí en la tierra” (*La luz que fluye, 360. Libro VII capítulo XXXVII*)

Recapitulando un poco, habíamos visto que en un inicio el alma de la mística responde al llamado al servicio divino, es por ello que dejan todo lo que eran antes, para dedicar su vida exclusivamente a Dios. Veíamos como esta exclusividad era simbolizada mediante el cerco/paredes que rodean al Huerto y que le dan su condición de cerrado; Luego, nos adentramos en el Huerto para evaluar su contenido en donde nos encontramos con las especias aromáticas que simbolizaban para nuestras místicas las virtudes con las cuales la novia se adorna para el amado, no solo para agradarlo en esta vida, sino para ir engalanada ante su presencia en la unión final. Respecto al mismo contenido nos encontramos con el producto del fruto de la vid, es decir, el vino que es simbolizante del gozo de la unión, que mientras suceda en esta tierra irá unida a la separación, sin embargo, los momentos en que la unión sucede infunden la motivación suficiente en la mística para perseverar en este caminar



en el Alto Amor. Ingresando hasta el centro del Huerto nos encontramos con la fuente de agua que recorre el Jardín por medio de sus extensiones, donde veíamos que esta agua es símil de vida eterna, de esencia divina de la cual deben beber constantemente para que este trabajo sobre sí mismas sea fructífero. Esta misma agua al reflejar el cielo, simbolizaba el anhelo constante de nuestras mujeres religiosas de ser iguales a Cristo en su humanidad, transformarse progresivamente en él hasta que ya no vivan ellas, sino que Cristo viva en ellas como aparece en *Gálatas 2:20*.

Todo lo anterior fluye hacia un sentido común que es llegar al pléroma o, en otras palabras, el momento de la unión permanente con Dios. A diferencia de lo que sucede en otras religiones, aquí no se busca llegar a la henosis por medio del éxtasis místico, sino que es posible acceder a esta mediante dos momentos fundamentales: la muerte y la segunda venida de Cristo.

En la muerte es el instante donde las almas vuelven a Dios que como ya habíamos visto se encuentra referenciado en el libro de *Eclesiastés*, esta es una experiencia común a todo ser humano, sin embargo, aquellos que sirven a Dios verdaderamente tienen un lugar asegurado con el Creador<sup>16</sup>.

El segundo momento es aquel que, según la creencia cristiana será común a toda alma, es el momento de la segunda venida de Cristo. El día del Juicio donde las almas que creyeron (ya sea que estén vivos o muertos) serán arrebatados y juzgados por el Creador. Aquellos que creyeron vivirán junto a Dios en la eternidad “Entonces el Dios increado hará nueva toda su creación, tan nueva, que ya nunca podrá envejecer” (*La luz que fluye*, 103. Libro II capítulo III) y disfrutarán de las bodas del Cordero donde amado y amada ya no verán ni sentirán separación: “Pero tras el Día del Juicio, cuando Dios celebre su cena, se les colocará a las esposas el asiento frente a su esposo, y el amado vendrá a la amada [el cuerpo al alma], y poseerán entonces la majestad plena en la eterna gloria” (*La luz que fluye*, 138. Libro III

---

<sup>16</sup> Aunque antes de llegar junto a Dios deben pasar por el purgatorio. Tanto Hadewijch como Matilde lo nombran, así que debe ser considerado.



capítulo I), sin embargo, aquellos que no creyeron toman su lugar, también permanente, en el infierno.

La unión mística permanente será un eje fundamental en la obra literaria de Hadewijch y Matilde, pero si bien en ambas podemos hablar de una fusión que culmina en una theosis o deificación del alma en Dios, tienen formas particularmente distintas de expresar este momento.

### 5.2.1. Hadewijch y el abismo

Para Hadewijch de Amberes este momento final con Dios incluye más que solo una fusión<sup>17</sup> que ella describe como abrazo más íntimo, sino que el alma es absorbida en la divinidad, que es representada como una oscuridad de una profundidad tenebrosa<sup>18</sup>, un torbellino<sup>19</sup> y un abismo<sup>20</sup> que devora al ser: “Así lo devoró su Padre: esta labor grande y cruel es siempre la del Padre” (*Flores de Flandes*, 102. Carta XVII). Esta cita describe como Dios devora a Cristo y de esta forma él se encuentra contenido en él, por ello la mística debe aspirar a ser devorada por Dios para regresar a Dios y convertirse en uno mismo. En palabras de Loet Swart en la Introducción a *Flores de Flandes*: “Aquí también el Padre es el principio. La incorporación de la Unidad tiene lugar porque él exige esa unidad. En palabras de Hadewijch, su labor es *devorar*, es un *torbellino*, un *abismo*, *oscuridad* (Carta XVII, 2)” (Swart, 21) De esta forma es la que Hadewijch concibe esta henosis y theosis final, donde no es que ella desaparezca como tal, sino que queda contenida en lo abismal de Dios.

Este abismo también absorbe el alma de la mística hacia el interior del secreto paterno<sup>21</sup>:

“Dios te haga saber, querida niña, quién es y cómo trata a sus servidores y, especialmente a sus servidoras; y te absorba en él. En el lugar donde se halla la profundidad de su sabiduría, te enseñará qué es él y con que maravillosa dulzura viven

---

<sup>17</sup> Visión VII

<sup>18</sup> Visión XII

<sup>19</sup> Visión XI

<sup>20</sup> Visión XIII

<sup>21</sup> Visión XVIII



los amados el uno en el otro y como ambos se funden tan completamente que dejan de reconocerse a sí mismos. Pero se gozan recíprocamente, boca con boca, corazón con corazón, cuerpo con cuerpo y alma con alma, mientras que una sola dulce naturaleza divina fluye a través de ambos, y ambos son uno, pero al mismo tiempo cada uno permanece en sí, permaneciendo así para siempre” (*Flores de Flandes*, 79. Cartas IX)

En este nuevo estado del alma que ya se encuentra dentro de Dios la “unión del amado y de la amada lleva a la *deificatio* del alma, es decir, que en última instancia le lleva a ser «Dios con Dios» o también «una sin diferencia»” (Cirlot y Garí, 89) a esto también podemos llamarlo theosis, ya que por medio de la fusión ellas quieren volverse uno con Dios. Sobre esto Guillermo Serés dice “el resultado de la asimilación con Dios- o deificación- y unión con Él es hacer del orden de la creación una teofanía perfecta, en la que cada parte, en su proporción, manifieste la gloria de Dios” (Serés, 17) Esta misma característica se encuentra en los escritos de Matilde. Esta es la manera en que Hadewijch explica el momento de la unión mística eterna con Dios y en sus visiones comunica el hecho de sentirse madura espiritualmente en amor, por tanto, se auto percibe preparada para la unión eterna.

### **5.2.2. Matilde y el descenso a ser nada**

En Matilde de Magdeburgo este momento de henosis es representado como un descenso (una caída incluso) a la nada<sup>22</sup> por contradictorio que pueda sonar, para esta mística el camino que hace el alma no es ascendente hacia Dios como se entiende tradicionalmente para el canon católico del siglo XIII, sino que es descendente hasta la sima divina de la claridad eterna.

Este descenso del alma también es imitación divina ya que Dios descendió a la tierra en forma de hombre (nuevamente la imagen de Cristo) para revelar la sapiencia divina de la salvación al mundo, y de esta misma forma, la mística de Magdeburgo explica que el descenso a la nada donde Dios es todo es el camino que debe seguir el alma que se ha fusionado con Dios.

---

<sup>22</sup> Victoria Cirlot en "Oculto pero invisible: voces femeninas" página 86.



“El lenguaje paradójico de la mística atraviesa deshaciéndolos todos los velos de las ilusiones para llegar a un núcleo, un corazón de verdad. La vía descendente, con su negación del ascenso, se sitúa en la paradoja y en esta reafirma para rechazar el terreno de lo conocido” (Cirlot, 92)

El alma amante ha sido transformada en el amado y sus esencias han quedado mezcladas en la eternidad “Matilde habla de la unión como unión de esencias, como una mezcla de su naturaleza con la naturaleza divina, lo que claramente constituye una herejía” (Cirlot y Garí, 149) En el instante mismo de la unión “yo estoy en ti y tú estás en mí, no podemos estar más cerca, pues los dos hemos confluído en uno y nos hemos fundido en una sola forma. Así permanecemos, incansables, eternamente” (*La luz que fluye*, 145. Libro III, capítulo V) Amado y amada han quedado fundidos en un mismo ser y comparten una misma naturaleza, ya no existe distinción entre el uno y el otro. Ya ella se ha entregado a él y él se ha entregado a ella eternamente<sup>23</sup>.

Una visión sin duda destacable referente a la unión es la que aparece en el capítulo XXXVII del libro VII de *La luz que fluye de la divinidad* titulado “De la fiesta eterna de la Santísima Trinidad” en la cual el alma novia es engalanada con todas las virtudes que constituyen su vestido y su corona, en este instante se celebra la boda en donde aquellas vírgenes que no son puras disfrutan igualmente de esta fiesta, pero desde donde puedan observar. Sin embargo las vírgenes puras amantes siguen al Cordero y tienen un lugar privilegiado, se convierten en la esposa y todo lo que los rodea se alegra por ellos y Dios les dice “Mis amadas esposas, alegraos por siempre, alegraos en mi claridad eterna, olvidad dulcemente todo dolor y todo sufrimiento (...) Alegraos, amadas esposas, mi Hijo os envolverá por completo, mi divinidad os atravesará por completo, mi Espíritu Santo os conducirá a una visión jubilosa, como es vuestro deseo” (360) Esta es la descripción del momento de la unión en la bodas místicas con Dios.

Esta visión termina con Matilde regresando en sí después de la experiencia visionaria donde vuelve a ser un “ser humano de polvo y ceniza” (361). Este cuerpo que para ella

---

<sup>23</sup> “y yo mismo me entregaré a ti sin condiciones, por toda la eternidad, tal y como deseas” (Matilde, 128, libro II, capítulo XXV)



siempre fue una atadura a la tierra para el momento de la unión ya no existe más. Ya no hay ningún intermediario ni impedimento entre ellos y el cuerpo que ha quedado ya muy atrás “mi descenso a la tierra se debe a que estoy unida a mi cuerpo/ Cuanto más me liberes de él, más tiempo flotaré en ti” (*La luz que fluye*, 114. Libro II capítulo XVIII) El cuerpo que para Matilde siempre fue su enemigo y un asesino, para el instante de la unión ya ha quedado en un simple recuerdo.

Existe un testimonio escrito de Matilde en donde en el momento de su muerte su alma fue llevada por Cristo mismo, ante la alegría de la Virgen María, a celebrar la boda mística. El relato de la muerte de Matilde fue hecho a manos de una amiga y compañera en el convento de Helfta, Gertrudis de Hackeborn o mejor conocida como Gertrudis la Grande, que en el momento de agonía y muerte de Matilde es arrebatada en un éxtasis místico:

“La hermana Matilde luchaba con la muerte. Ella (G.) y las otras hermanas rezaron con fervor por ella [...]. Después apareció el Señor de los poderes, el rey de la gloria, el más hermoso entre los hijos de los hombres, y el más hermoso entre los ángeles, y se sentó en la cabecera de la cama de la enferma, y recibió el aliento de la enferma, que de la boca de la enferma se disparaba como un arco de oro hasta el lado izquierdo del Señor, hasta su corazón divino (...) Cuando esta (G.) regresó a sí misma desde el éxtasis y del estar fuera de sí, vio como la resplandeciente rosa del cielo, la virginal madre, felicitaba llena de gozo al novio, su hijo, por la unión con la nueva novia, y besaba a la novia llena de amor. Y ella (G.) reconoció: entre el novio y la novia había una absoluta unidad (...) y el alma se hundió en las profundidades sin fondo de la bienaventuranza de la que ya nunca volverá a salir” (Cirlot y Garí, 136 y137)

Su vida e incluso su muerte siguieron un mismo camino coherente repleto de experiencias místicas. Vivió mucho y experimento las vivencias espirituales que a ella llegaban, sin embargo, nunca se consideró a la altura ni digna de ser poseedora de tal gracia divina de la unión que finalmente consigue en la muerte. La paradoja de su experiencia mística consiste en que de la misma forma en que estas eran violentas en su intensidad hasta casi llevarla al borde de la muerte, por otro lado, la llenaban de una consolación fruitiva que



la hacía soportar todo dolor. Ella buscaba ser nada para que Dios que lo es todo, se glorificara en ella.

## 6. Conclusión

En conclusión, es posible dar cuenta de la aparición del Hortus Conclusus en la escritura de Hadewijch de Amberes y Matilde de Magdeburgo, y en este mismo sentido también se pudo demostrar la gran importancia de este símbolo para comprender el pensamiento místico femenino de estas beguinas.

El *Hortus* debe ser considerado como un gran símbolo con una multiplicidad de significados particulares que colaboran a la profundidad de su significado e impacto en la vida de las místicas. Cada uno de los elementos del Huerto evocan a un imaginario que las lleva al *Cantar de las Cantares* y la mística nupcial, que es la piedra angular de sus obras.

Cada uno de los elementos descritos del *Hortus*: el contenido del Huerto que son las especias y el vino de la fruición, el agua que permite la vida, el cerco que rodea al jardín y lo vuelve íntimo, los amantes/esposos siempre presentes, etc. Llevan en sí un significado individual y representativo de algún aspecto específico de la vida mística, que es fundamental para la constitución del *Hortus* como un símbolo sagrado, complejo, profundo y que abarca el trabajo de toda una vida dedicada a la persecución de la vida espiritual y las verdades sapienciales profundas. Aunque en este trabajo solo fue posible abordar algunos aspectos importantes del *Cantar de los Cantares* y el huerto metafórico que de él se desprende, aun existen muchos otros símbolos específicos que espero puedan ser desarrollados en trabajos posteriores.

Este trabajo ha permitido acercarnos, aunque sea someramente a la profundidad del alcance de este gran símbolo para la vida de estas dos grandes mujeres que tanto colaboraron a la cultura europea y a la literatura universal. Victoria Cirlot dice que “Su importancia radica tanto en la forma que emplearon para decir lo que quisieron decir, como en lo que dijeron” (Cirlot, 86) Sorprende que, con su importancia para la cultura medieval, incluso hasta el día de hoy siga siendo relativamente escaso el estudio (sobre todo en español) que existe sobre



estas místicas, que tan en oculto se mantuvieron por años. Por suerte, hoy sus escritos vuelven a despertar el interés de estudio en las universidades.

Dejo aquí una cita de Victoria Cirlot que me parece da en un punto clave respecto a la importancia del estudio profundo de estas místicas medievales:

“Es un error pensar que las mujeres no han contribuido a la construcción de la cultura europea antes del feminismo, que no suele situarse antes del siglo XV (...) Sin conciencia de marginación social, sin oposición al pensamiento masculino, ya en el siglo XII y, en especial, en el siglo XIII, algunas mujeres ofrecieron un testimonio que constituye toda una postura ante la vida, un modo de sentimiento y pensamiento, que alcanza aún nuestro mundo de principios del siglo XXI, y que es, sin embargo, una tradición olvidada. Pienso en las mujeres místicas que, en contra de los prejuicios que prevalecen aún hoy sobre la idea de la mística como una evasión de la realidad, fueron ejemplo vivo de una radical penetración en lo real” (Cirlot, 85.)

La segunda conclusión a la que puedo llegar, ya a un nivel más de reflexión personal, es que aquellas ideas tan “antiguas” epocalmente, resurgen en los ambientes religiosos cristianos actuales como los “nuevos caminos” ante el problema con la estructura religiosa o eclesial “como apuntó agudamente Giovanni Pozzi si tuvieron lugar los testimonios femeninos fue porque la cultura masculina se interesó por ellos en medio de una grave crisis de creencias. Pero, aunque fueran los hombres quienes preguntaron, lo cierto es que fueron las mujeres quienes respondieron” (Cirlot, 88)

Aquello tan ajeno en simple apariencia, como lo es la espiritualidad de simples mujeres del siglo XIII que decidieron vivir lo que creían y transmitirlo, es retomado en motivos de canciones y predicaciones en iglesias actuales, en respuesta a los conflictos modernos con los modelos clásicos establecidos para la espiritualidad.

La expresividad espiritual alternativa a la iglesia católica del siglo XIII y posteriores surge en respuesta a un descontento y una insuficiencia de la cobertura de las necesidades espirituales de su tiempo, y de igual forma está sucediendo actualmente con el aumento exponencial de espiritualidades o “religiones a la carta” cómo se las denomina, que surgen



en descontento con las instituciones religiosas. En este mismo sentido ¿Puede ser que aquello medieval que a veces resulta tan lejano y oscuro para muchos, resulte ser más cercano y conocido de lo que creíamos?

## 7. Bibliografía Fuente:

*Biblia*. Reina Valera 1960.

Swart, Loet. Ros, Carmen. *Flores de Flandes*. Biblioteca de autores cristianos. Madrid 2001.

Otero, Almudena. *La luz que fluye de la divinidad*. Editorial Herder. Barcelona 2016.  
Digital

### 7.1. Bibliografía Crítica:

Bellinetti, Caterina. *Reclusión, pecado y santidad. Los jardines cerrados de la Virgen María*. Sitio web Art and Object. Abril 2020. Citado en 2023.

Cirlot, Victoria. Garí, Blanca. *La mirada interior: mística femenina en la edad media*. Editorial Siruela. 2021. Digital.

Cirlot, Juan Eduardo. *Diccionario de Símbolos*. Editorial Labor. Barcelona 1992.  
Digital.

Cirlot, Clark, Lledó, Llorente. *Oculto pero invisible: voces femeninas*. Ciclo de conferencias celebrando los meses de mayo y junio de 2004 en la Residencia de Investigadores CSIC-Generalitat de Catalunya. Barcelona 2006. Digital.

Davy, Marie-Madeleine. *Iniciación a la simbología románica*. Traducción de Magdalena Pascual. Ediciones Akal. 2007.



Escobar, José Manuel. *Hortus Conclusus. El jardín cerrado en la cultura europea*. Cuadernos de investigación urbanística. Sección de Urbanismo del Instituto Juan de Herrera. 1993.

Góngora, María E. *El Cantar de los Cantares y su reescritura medieval: Richard roll de Hampole*. Revista chilena de literatura. 2019. Digital.

Moreno, Jaime. *La Religión*. Cuadernos Judaicos. 1982.

Moreno, Jaime. *La metáfora de la cámara nupcial en los escritos de Nag Hammadi*. Ponencia presentada en el V seminario de Estudios Patristicos organizado por las Facultades de Teología y Filosofía de la PUCCh, 1997.

Poetry Alquimia Word Press. *10 poemas de Hildegard von Bingen*. Sitio web citado en 2023.

Serés, Guillermo. *La transformación de los amantes. Imágenes del amor de la antigüedad al siglo de Oro*. Editorial crítica 1996.

Tabuyo, María. *El lenguaje del deseo: Poemas de Hadewijch de Amberes*. Editorial Trotta 1999.